TEMAS SEXUALES



A. MARTIN
DE LUCENAY

1'25
PTS.

los extravíos de los magnates

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

48

A. MARTIN DE LUCENAY

Los extravíos de los magnates

La Roma de los Césares.—Los grandes señores de la Edad Media.—Los reyes de Francia e Inglaterra.—La vida sexual de los Bonaparte.—Hombres de nuestro tiempo



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
MARZO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Varios investigadores han tenido la curiosidad de estudiar la vida sexual de las figuras más destacadas de la Historia, de esos grandes personajes que han regido los destinos de los pueblos, unas veces en virtud del sistema hereditario de sucesión dinástica y otras como finalidad de sus actitudes políticas o bélicas.

Si nos atenemos a las teorías de la herencia e incluso a algunas de sus leyes innegables, no cabe duda que, con la transmisión del cetro y de la autoridad, los padres dotaban a sus sucesores de parecidos vicios y semejantes virtudes que aquellas que inspiraron su vida y sus actos de gobierno.

Jacobi y otros han demostrado de una manera incuestionable que los reyes, al parecer, muestran una inclinación particular hacia los excesos sexuales y muy especialmente hacia la homosexualidad. En efecto, todos los historiadores y los cronistas críticos de la realeza, desde los más antiguos a los más modernos, han llenado páginas y más páginas de apretados libros con una literatura curiosa y sugestiva, acerca de los desvíos de las personas más célebres que han regido los destinos de los pueblos...

En los grandes imperios remotos de Grecia, Egipto, Siria, Roma y la India, lo mismo las mujeres que los hombres que se destacaron en la gobernación de los Estados no dieron ejemplos de austeridad sexual, ni muchísimo menos. Por el contrario, los escándalos y las orgías llegaron a ser tanto como razones de Estado, en las que tenían cabida las más extrañas aberraciones y los crímenes más abominables.

La historia de algunas mujeres, como hemos visto en el volumen anterior, no puede ser más bizarra ni licenciosa. Ni el menor freno de moral, de conveniencias o de convencionalismos, ni aun las críticas acerbas del pueblo, ni la religión, ni nada, fueron bastante para contener las manifestaciones de su sexualidad desencadenada, puesto que, perdido el natural pudor de su sexo, ya nada les quedaba que perder. Pero si las mujeres tenían que despojarse

previamente de estos elementos naturales, los hombres ya estaban bien desnudos, al menos en lo que se refiere a esas ideas morales. Y, además, comoquiera que, salvo en muy raras épocas, el hombre ha sido siempre el director de los negocios del mundo y las leyes, tanto justas como inmorales, han sido confeccionadas por él, resulta que aún gozaba de derechos y libertades que sólo por excepción podían disfrutar las mujeres.

A pesar de que muchos sucesos lamentables de la Historia tuvieron su origen en los extravíos sexuales de los magnates, los pueblos de entonces prestaban más atención a los efectos que a las causas, lo que, a pesar de todo, sigue ocurriendo en la contemporaneidad. No obstante, en los tiempos modernos ya se analizan con más serenidad los hechos pretéritos, gracias a la perspectiva histórica, lo que permite establecer adecuados parangones entre las vidas célebres pasadas y las presentes y futuras.

La vida sexual de cualquier personaje que tenga mayor o menor influencia en la gobernación o la dirección de los asuntos de un Estado, ya no es, como antes, motivo de regocijo o de escándalo por lo que esa existencia pueda representar en su pugna con la moral o las costumbres, como sucedía antiguamente. Ahora, el desarrollo de la cultura impide la difusión de las aventuras sexuales de los personajes que sólo interesan por su forma a las colectividades ávidas de sensaciones inéditas. Pero en cambio, el biólogo, el médico y el sexólogo tienen mucho que hacer, aunque sus investigaciones no sirvan para nada, para fijar exactamente el porvenir de los Estados, ateniéndose a los rasgos de la vida íntima de los personajes que rigen sus destinos.

La gobernación de un pueblo y su futuro se miden más por la conducta pública de sus hombres que por el patrón de su vida íntima. Esto representa un error, porque la verdadera inspiración no puede evidenciarse en los actos públicos, sino que se subordina siempre a las manifestaciones libres de la existencia privada. Se dice, siempre desatinadamente, de un individuo que en público se muestra austero, moral y respetable, que es bueno aunque en su existencia particularísima cometa toda clase de desmanes: "Su vida privada no importa; lo interesante está en sus actos públicos." Y esto es un error, porque las expresiones públicas no son otra cosa que un producto de la inteligencia adaptada, plegada, a las necesidades de la cultura o del papel público que la imponen una norma de conducta en pugna con sus sentimientos íntimos. Claro es que si

esto es malo, porque no es sincero, bastante peor resulta la identidad de sus actos privados con los públicos; es decir, el predominio absoluto de la sinceridad, sin reservas ni trabas éticas ni sociales, como era el comportamiento de aquellos magnates cuyos huesos pecadores vamos a desempolvar por unos momentos para dejarlos después donde estaban descansando de sus pretérios ajetreos sexuales.

LA ROMA DE LOS CESARES

Las influencias extranjeras. — La vida sexual de Julio César.—Sádico sanguinario.—La aguadora del Tiber.—Los gladiadores.—Sus amores con Nicomedes de Bitinia.—Transformación psicosexual.—Octavio Augusto.—El masoquismo de Claudio.—Su degeneración.—Nerón, Agripina y Octavia.—El circo.—Sádico, pirómano y poeta.—La aristocracia romana.—La lubricidad y los mitos.—El reinado de Augusto.

Roma y Grecia son los pueblos en que con mayor facilidad puede seguirse el desarrollo de las perversiones sexuales.

Ya sabemos que casi todos los emperadores romanos eran homosexuales, bien activos o pasivos, aparte de que en su sexualidad tuvieron cabida cuantas aberraciones y verdaderos vicios pueden imaginarse. En los tratados de psicopatía sexual no es posible encontrar nada nuevo, nada que no conocieran y practicaran los romanos como costumbre y hasta con carácter ritual.

La relajación de las costumbres romanas no tuvo un origen fundamentalmente indígena, sino que fué el resultado de las influencias extranjeras, principalmente de los griegos. No obstante, lo que sí fué esencialmente romano, ha sido la forma grosera y brutal de los vicios de todo género, cuya practica se diferenció siempre de las manifestaciones más refinadas y elegantes de los griegos, que se inspiraban en ideales mucho más elevados que los de los romanos.

Julio César es el tipo más extraordinario que se ha conocido. Amó a las mujeres y se hizo amar de los hombres en medio de suntuosas orgías y magníficas bacanales públicas. El circo fué muchas veces el teatro de sus desenfrenos, que tenían lugar en el amplio palco imperial, donde lo mismo gozaba a una doncella que se entregaba a las caricias de sus favoritos o recibía en audiencia a los senadores y despachaba los asuntos de Estado. Estos espectáculos indignos le captaron la antipatía y el odio de los ciudadanos de la capital del Imperio, siendo sólo respetable para los provincianos

y las gentes de las colonias, que no podían suponer que el coloso romano fuese tan despreciable.

Julio César, antes que invertido, fué un gran sádico, que se enardecía con el espectáculo del dolor ajeno, de la sangre y del crimen. No obstante, su feminidad se advierte en el hecho de que jamás esgrimió en sus manos un instrumento de castigo, ni un puñal, ni un látigo, ni el más simple artefacto que pudiera causar dolor, pues la sola vista de esos objetos le aterrorizaba como hacen las mujeres excesivamente miedosas y tímidas. Pero, en cambio, la vista de una sola gota de sangre le enardecía, lo mismo que la narración de los hechos cruentos.

Era, pues, un sádico sanguinario mixoscópico, para mejor incluirle en el índice de la psicopatía sexual.

Cuenta un historiador que, hallándose un atardecer acodado en una de las ventanas del palacio que daban al Tiber, vió a una joven, nada bella ni graciosa, que, después de tomar agua del río en un ánfora,, resbaló, cayendo a tierra. El César no prestó atención al accidente; pero cuando vió que la joven sangraba por una pequeña herida que se había hecho en una pierna, llamó a uno de sus criados para que la condujera a su presencia. Cuando hubo llegado, sin esperar a que se retirasen los criados, derribó a la muchacha sobre el triclinio y allí la poseyó ardorosamente. Después la hizo asesinar luego de haber entregado una cantidad a sus padres.

Cuando asistía al circo a las fiestas de los gladiadores, se hacía acompañar de varias jóvenes. Estos brutales festejos tenían su origen en una vieja tradición por la cual los prisioneros de guerra, reducidos a la esclavitud, tenian que luchar unos contra otros. La finalidad de tales combates consistía en habituar a los espectadores a la vista de la sangre, y, sobre todo, rendir insensibles a los guerreros a las escenas más horripilantes.

El César escuchaba con emoción las célebres palabras de ritual de los combatientes al entrar en la escena: *Ave Cesar, morituri te salutant.* Y comenzaba el horrible espectáculo, en el que dos hombres jóvenes, valientes y vigorosos se asestaban formidables golpes mortales.

El emperador no perdía detalle de la feroz lucha. Algunas veces, fuertemente excitado, se retiraba al interior del palco, donde había varias jóvenes y un triclinio. Entre tanto, la multitud rugía enardecida por un verdadero delirio sádico. El vencedor esgrimía la espada sobre la cabeza del caído, esperando el fallo de los espectadores. Si la mayoría alzaba sus manos al sol, el golpe de gracia acababa con la poca vida de la víctima, que yacía nadando en su propia sangre. Si se hacía el muerto, la comedia se comprobaba acercándole al cuerpo hierros puestos al rojo. Entonces se desataba la furia de la multitud, y el César se dignaba mover una mano para pedir la inmediata ejecución del farsante.

Pero este espectáculo no era suficiente muchas veces para satisfacer los deseos de sangre de aquel insigne asesino. Su sexualidad, su perversión, reclamaba espectáculos más sangrientos, más horrores, más atrocidades. Entonces se organizaban las batallas navales en la Naumaquia, donde los dos bandos se atacaban furiosamente como si en realidad se tratase de implacables enemigos. El abordaje, el asesinato, el incendio de las naves desmanteladas, los lamentos de los heridos y el vaho caliente de la sangre constituían para el emperador y sus súbditos el máximo placer que podía darse.

Y si aún era poco, los cristianos o los prisioneros eran arrojados a la arena del circo, negra ya de tanta sangre, en la que irrumpían las fieras hambrientas y rugientes que no tardaban en dar fin de las miserables víctimas. Y el público se saciaba del espectáculo antes que el emperador, el cual organizaba personalmente los programas de aquellos macabros festejos. Un día vió a una mujer que sonreía a un gladiador, aunque pertenecía a la nobleza. El César dispuso que ambos saltasen a la arena y allí, en público, diesen realidad a su amor. Luego hizo soltar a dos leones, que destrozaron los cuerpos de los amantes.

Estos espectáculos fuertes, y del dramatismo más hondo, no movían a compasión el pétreo corazón del César. Sin embargo, en sus transportes amorosos homosexuales, siempre aparece como un ser delicado y de gran sensibilidad, pues no hay que negar que poseía un elevado temperamento artístico. Cuando se enamoró de Nicomedes, rey de Bitinia, este sentimiento fué bastante para modificar sus costumbres, pues su crueldad dejó paso a la floración de otras emociones. Los historiadores de la época dicen que hasta que no conoció a Nicomedes personalmente, no dió muestras de sus inclinaciones homosexuales. El rey de Bitinia era un hombre fuerte, rudo y grosero, muy peludo y de ademanes violentos y brutales. Cuando entró en Roma, el César le vió al frente de un escuadrón de su guardia, formado por hombres como gigantes, que no eran menos corpulentos que el amo, fiel aliado de los romanos. Desde

entonces el famoso dictador manifestó gran admiración por el rey, el cual no llevaba mujeres en su cortejo, pero sí dos hermosos esclavos, que las gentes tomaban por mujeres disfrazadas de mancebos.

Esto quiere decir que el rey de Bitinia era también invertido. El hecho no repugnó a los romanos, porque entonces estas inclinaciones eran consideradas poco menos que como un signo de distinción.

No se cree que ambos monarcas tuviesen relaciones sexuales durante la estancia de Nicomedes en Roma, si bien éste frecuentó los barrios de los sodomitas y se hizo servir por algunos de los más hermosos y jóvenes esclavos de Julio César durante su permanencia en el palacio del Tiber.

Cuando Nicomedes regresó a Bitinia, César no ocultó su contrariedad y su sentimiento, porque hubiera querido tenerle más tiempo a su lado. En el tiempo que fué su huésped se celebraron diversos festejos en su honor, especialmente en el circo. Al de Bitinia no le agradaron aquellas terribles matanzas de esclavos ni los sangrientos combates en la Naumaquia, opinión que no se privó de manifestar a su aliado, el cual se retiró del festejo mucho antes de que terminara.

Parece ser que la opinión de Nicomedes influyó bastante en el ánimo de Julio César, pues desde aquella fecha las fiestas del circo tuvieron lugar con menos frecuencia y a muchas de ellas no asistió el emperador.

La manifestación de la homosexualidad del César, se evidenció con ocasión de su viaje a Bitinia para devolver la visita a Nicomedes. La primera noche, César durmió en el aposento que se le había preparado en palacio, pero a la mañana del siguiente día el triclinio del romano estaba intacto y ambos amigos se bañaron juntos. La noticia se extendió por Bitinia y no tardó en llegar a Roma, donde muy pronto los satíricos denominaron al César con el remoquete de la "reina de Bitinia".

Pero el carácter del emperador se había transformado. Desde entonces parece ser que se entregó por entero al amor de los mancebos, no interesándole lo más mínimo las mujeres sino para buscar su compañía e imitar sus ademanes y tocados. Se rodeó de numerosa servidumbre femenina, especialmente masajistas y depiladoras, por cuyas manos pasaba diariamente el cuerpo del invertido antes de tomar su acostumbrado baño de leche de burra, perfumada con las esencias más costosas y raras que se hacía traer de las colonias de Asia y Africa.

En los últimos tiempos de su reinado su carácter se dulcificó tanto que estaba desconocido. La antigua crueldad se transformó en delicados y caritativos sentimientos, que demostraba en todos sus actos, incluso en los de gobierno. Y esto le perdió. Su naturaleza femenina, la benignidad de los castigos que aplicaba y la blandura de su carácter, dieron lugar a que prosperasen las distintas conspiraciones que tramaron sus enemigos. La sangre, que antes constituía para él uno de los más apetecidos espectáculos, ahora le causaba horror. Llegó hasta el extremo de ordenar a sus generales que no castigasen a los prisioneros y que procurasen ahorrar víctimas en las batallas. Y en esta disposición de ánimo, es cuando fué asesinado. No cabe duda que su sexualidad influyó poderosamente en el rumbo de la gobernación del pueblo romano, que desde entonces empezó a decaer, mal dirigido y peor administrado.

La delibidad de que dió muestras el César en los últimos tiempos de su reinado, hizo comprender a sus sucesores que la benignidad era hasta cierto punto incompatible con la buena marcha de los asuntos públicos de Roma. Por esto seguramente es por lo que cada uno procuró superar a su antecesor en vicios y maldades.

Octavio Augusto, sobrino del anterior y vencedor de Antonio y de Cleopatra, la famosa reina egipcia, no fué tan cruel como su tío y hasta llevó a cabo actos de gobierno que le acreditaron de buen estadista. Si no sucumbió a los encantos de la egipcia, antigua amante de César y Antonio, fué porque la belleza de la reina se estrelló contra la perversión sexual de Octavio, que, aparte la homosexualidad, fué un masturbador. Este extravío del primer emperador romano, no le impidió atender al gobierno de la patria, pues llegó a asumir todos los poderes.

Calígula fué también homosexual y zooerasta además. Realizó las cosas más absurdas, entre ellas la de nombrar cónsul a su caballo con el cual había practicado la bestialidad distintas veces. Al mismo tiempo, obligaba a sus esclavos a que realizasen contactos carnales con diversas bestias, espectáculo que Calígula presenciaba con verdadero agrado.

A éste le sucedió Claudio, su tío. Claudio, que fué el primer esposo de Mesalina, se besaba en público con su amigo Mnester. Los desenfrenos eróticos de su imperial esposa no le preocupaban más que por lo que tenían de escandalosos. Por esta razón procuró

rodearla de una selecta servidumbre femenina, no con el ánimo de torcer su inclinación hacia los hombres, sino por el placer de saberse burlado por otra mujer.

Mesalina no era homosexual; pero, en cambio, odiaba a su marido. Por esta causa no tenía inconveniente en prestarse a la comedia de la homosexualidad, muchas veces delante de su esposo, que se complacía en verla entregada a las caricias lésbicas de sus esclavas.

Claudio era un viejo impotente y enfermo de todos los vicios, por lo que necesitaba de estos estímulos masoquistas y de otras emociones violentas, susceptibles de despertar su moribundo impulso sexual.

Gustaba de que le hablasen de su esposa y de las aventuras que corría en el barrio de Suburra entregándose a los gladiadores y mercaderes, pero quería que a toda costa se guardase el secreto. El mismo Mnester, antiguo amante de Claudio en su mocedad, era el encargado de referir al emperador las andanzas de su esposa. Esta, cuando alguna vez escuchaba las recriminaciones de su augusto marido, solía negar los hechos que se le imputaban, diciendo que no tenía más amores sinceros que el de sus esclavas Calpurnia y Cleopatra. Entonces procuraba que ella le diese detalles de sus transportes amorosos, en cuya narración la sagaz Mesalina, mujer normal en este aspecto, ponía los tonos más sugestivos con tal de producir al emperador las sensaciones masoquistas que necesitaba.

Este hombre fué un perfecto degenerado, si nos atenemos a las referencias que se encuentran en las obras de Petronio. Según Magre, que traduce a Petronio, Claudio no era más que esto: "Desde su infancia, todos sus familiares le juzgaron débil de espíritu. Su madre, Antonia, decía de él que no había dado al mundo más que un esbozo de ser. Su hermana, Livilla, cuando oía decir que Claudio podría reinar un día, deploraba el destino de los romanos. Augusto recomendaba que no le hicieran asistir a los juegos del circo en el palco imperial porque se hubiera hecho notar por posturas ridículas.

"Había tenido muchas enfermedades que le habían dejado múltiples taras. Sus piernas, demasiado débiles, no podían sostener su grueso cuerpo y parecía titubear siempre. Sus pies eran de una desmesurada largura, hasta el punto de que, cuando terminaba de administrar justicia y descendía de su tribuna, los abogados tiraban

de ellos para retenerle. Fué calvo prematuramente y su rostro supuraba constantemente.

"Tenía ojos bovinos y gruesos los labios, o, por lo menos, esto es lo que puede observarse en uno de los raros bustos que de él se conservan.

"Su fama de imbécil le protegió de los furores de su sobrino Calígula; pero éste no le evitó afrenta alguna.

"Le amenazaba con dejarle sin comer si llegaba tarde y le obligaba, a guisa de penitencia, a dar corriendo la vuelta al triclinio, lanzándole los convidados huesos de aceituna y dátiles. Tenía la costumbre, al despertarse, de restregarse los ojos legañosos, y le ataban cuidadosamente a las manos unas sandalias usadas para que se las llevara al rostro.

"Envejecía entre el desdén de los que le rodeaban, obsesionado por el perpetuo temor de morir asesinado, y debatiéndose entre las mayores dificultades económicas."

Este monstruo fué el marido de Mesalina, la cual procuraba renovarle frecuentemente sus queridas, a las cuales no hacía más que sobar sin llegar nunca a mayores empresas.

Pese a su impotencia, era muy aficionado a visitar los lupanares en los que procuraba colocarse como espectador, pagando a los dueños el precio de la localidad. Gustaba presenciar las escenas más íntimas de los burdeles, y con frecuencia elegía él mismo los actores para recrearse con el espectáculo de sus intimidades. En estas correrías le acompañaba casi siempre Mnester, el cual practicaba con su señor los actos más repugnantes, a fin de completar las excitaciones del degenerado.

A pesar de todos los vicios de su vida licenciosa, era un hombre que se daba cuenta de su insignificancia física, estando persuadido de que no era posible que mujer alguna se le entregrase por sus atractivos masculinos. No obstante, poseyó a las dos mujeres más hermosas de la época: Mesalina y Agripina, amén de otras muchas en calidad de favoritas o de simples queridas, que le sabían presa segura de sus ambiciones.

Se refugió en la homosexualidad e incluso en la prostitución, porque realmente sus esposas no se prestaban a satisfacer su complicada lujuria, consecuencia de la falta de satisfacciones con las mujeres que amaba. Su espíritu, débil en extremo, hacía de él algo despreciable y sin voluntad. Temía constantemente a la muerte, y una vez que se acostó con una esclava, como ésta, en un momento de

pasión, le oprimiese el cuello, creyó que había tratado de estrangularle. Inmediatamente llamó a la servidumbre y dispuso que la joven fuese muerta en el acto. Este suceso fué conocido de toda Roma, y en adelante hizo que durante sus relaciones con prostitutas y esclavas permaneciesen a su lado algunos soldados, con los cuales se entregaba a toda clase de desmanes.

Cuando Mesalina, aprovechando una de sus ausencias, contrajo matrimonio con Cayo Silio, lo que puso en gravísimo peligro su reinado, dando lugar a un conato de revolución, que hubiera terminado en el regicidio, los patricios que le acompañaban le aconsejaron que castigase a su esposa con la muerte. Claudio rechazó enérgicamente la proposición, y se puso en camino de Roma, no para conjurar el peligro, sino con el fin de suplicar de su esposa que le perdonase el abandono en que la tuvo tanto tiempo, a lo cual achacó su decisión de casarse con Cayo Silio.

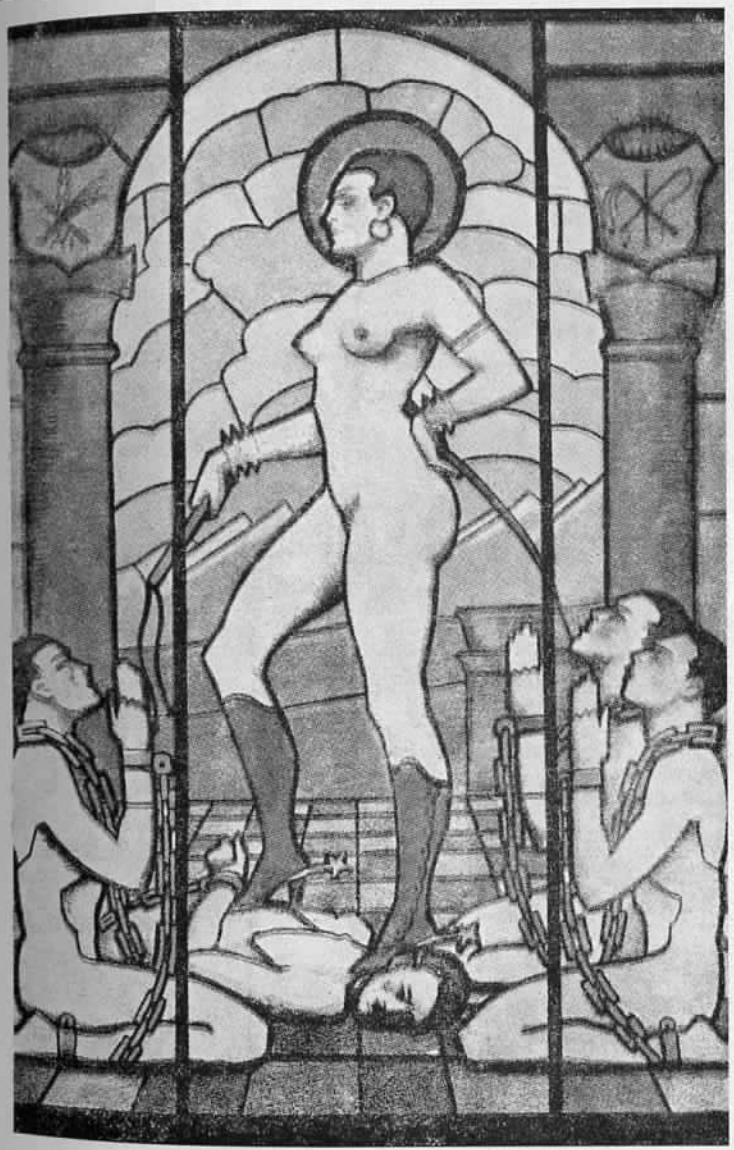
Estos piadosos propósitos del emperador fueron frustrados por los insistentes consejos de sus amigos, que le hicieron ver el peligro que corría Roma si no se mostraba implacable en la aplicación del castigo. A pesar de todo, no cedió, hasta que recibió amenazas de muerte si no ordenaba la ejecución de los adúlteros. Sólo así es como pudo decretar la muerte de Silio y de Mesalina, que se habían refugiado en la casa de Valerio Asiático, el hombre a quien la emperatriz amó siempre y no pudo someter nunca.

Poco después contrajo matrimonio con Agripina, la cual, como su esposa anterior, le dominó completamente por su impudor, lo que convenía al masoquismo de Claudio, que gozaba sintiéndose sometido a la esclavitud de todas las mujeres que podían despertar sus sentidos gastados. Murió envenenado por Agripina, la cual no le mató por ambición, sino con el fin de librarse del ser más repugnante que había regido los destinos de Roma.

Del vientre de Agripina nació Nerón, que no había sido engendrado por Claudio, sino por Domicio Enobarbo, un procónsul hidrópico y cruel, alcohólico y mujeriego, que sentía verdadera pasión por los esclavos negros, sin distinción de sexos.

A la muerte de Claudio sucedióle en el trono gracias a los manejos de Agripina. De joven era de carácter taciturno, y al principio de su reinado gobernó con tacto y dulzura, hasta el extremo de merecer el más sincero cariño de los romanos, que estaban hartos de sufrir las crueldades de los anteriores monarcas.

Todo el afán de Agripina estribaba en apoderarse de las riendas



EL SADISMO DE LOS MAGNATES

Este vitral de inspiración sádico-masoquista forma parte de la interesante colección de instrumentos algolágnicos de la Edad Media existentes en el castillo de Ulm.

LAMINA I



LUIS XV Y SUS AMIGOS

Grabado de la época reproduciendo una de las orgias que tenían lugar en el Parque de los Ciervos, retiro galante del degenerado rey de Francia.

LAMINA II

del Poder, lo que consiguió durante la menor edad de su hijo; pero comoquiera que los pretorianos no estaban conformes con la política de la célebre mujer, hicieron todo lo posible para que Nerón la apartase de los negocios del Estado. Al mismo tiempo, rodearon al emperador de toda clase de distracciones, con el fin de alejarle también a él de los negocios públicos y poder entregarse a la satisfacción de sus ambiciones.

Entre tanto, Nerón ya empezaba a dar muestra de que los gérmenes que había heredado de sus progenitores se desarrollaban en su naturaleza. Su primitiva dulzura se convirtió en una inclinación decidida hacia la crueldad, que gustaba ejercer sobre seres inocentes por el solo placer de verles sufrir.

En su juventud tuvo escasas aventuras con mujeres, ya que desde la pubertad casi dió muestras de sus tendencias homosexuales. Seguramente su primer gran amor fué el esclavo Sporus, con el que contrajo matrimonio después de haberle hecho cortar los órganos genitales. Lo mismo hizo con otros amantes, a los cuales instaló en el Palatino, haciendo que se les rindiesen los mismos honores que merecían las mujeres de los Césares.

Su matrimonio con Octavia no obedeció más que a razones de Estado, ya que aborrecía a las mujeres, de las que decía que, por no tener alma, no podían servir siquiera para satisfacer los deseos carnales del hombre.

Este verdadero monstruo procuraba asimilar las costumbres griegas; pero como carecía de cultura el círculo de amistades de que se rodeaba, estuvo constituído por individuos de su misma constitución mental. Escribió algunos ensayos de comedia, en los que siempre había crueldades, martirios y sangre. Fué, sobre todo, un gran sádico sanguinario y pirómano, que padecía histerismo.

Los espectáculos del circo volvieron a ser tan terribles como en los tiempos de Julio César. Persiguió a los cristianos con implacable saña, y muchas veces fué a las mazmorras a visitarles, escuchando sus lamentaciones. Solía interrogarles acerca de sus ideales religiosos y de su existencia anterior; pero comoquiera que los cristianos de entonces eran gentes fanáticas que cifraban toda su gloria en el martirio y en la muerte, que era el camino del cielo, llegaban hasta el extremo de insultar al emperador. Esto le exasperaba y en venganza daba órdenes para que se organizasen aquellas terribles matanzas, que presenciaba rodeado de sus amigos más íntimos con un vivo gesto de satisfacción reflejado en su semblante.

En su afán de imitar la conducta de los poetas griegos e incluso de refinar las aficiones pederásticas de aquellas gentes, no se contentó con amar a los esclavos jóvenes, sino que quiso mitigar sus ardores con criaturas de pecho. En efecto, todos los niños varones de esta edad, cristianos o paganos, que necesitaba la lujuria del emperador, eran conducidos a palacio para que le acompañasen dentro del baño. Practicaba con las inocentes criaturitas toda clase de perversiones, y, por último, como Giles de Rays, les abría el vientre para realizar con ellos una cópula espantosa.

Cuando harto de las intrigas de Agripina ordenó su muerte, lo hizo como si decretase la muerte de un desconocido. Una vez ejecutada y caliente el cadáver, hizo llamar a un cirujano para que abriera el vientre de su madre y le mostrase el lugar donde él había permanecido durante nueve meses. Se dice que como el médico titubease un tanto ante el monstruoso deseo del emperador, éste tomó un cuchillo y de un enorme tajo dejó al descubierto las entrañas de la que le había dado el ser.

Cuando ordenaba el asesinato de algún personaje gustaba de ver sus cadáveres. A su esposa Octavia la mató de un puntapié en el vientre hallándose embarazada, y también hizo que la extrajesen el feto y lo arrojasen lejos. Después de cometer estos crímenes, se entregaba a la macabra distracción de componer poemas alusivos a la muerte, poemas que recitaba en unión de sus favoritos.

Incendió Roma para recrearse con el espectáculo de las llamas, que presenció desde una azotea del Palatino, al mismo tiempo que componía un poema con acompañamiento de la lira. Después del inponía un poema con acompañamiento de la lira. Después del incendió dijo que lamentaba que la ciudad no hubiese sido mayor para verla arder entera.

Todos los reyes y emperadores romanos, con muy escasas excepciones, se apartaron del camino recto de la sexualidad para extraviarse por los derroteros que marca la psicopatía. La verdadera virtud de aquella época consistía, paradójicamente, en la práctica de todos los vicios contra la naturaleza. La erótica, en sus diversas manifestaciones era el principal objeto de los magnates romanos. Toda esa vida de placeres, tan contraria a la higiene, daba lugar a que se desarrollasen todas las enfermedades del alma y del cuerpo, lo que motivaba la producción de seres cada vez más degenerados.

No había decoro alguno en las costumbres ni dignidad en los

cargos. El emperador Heliogábalo, glotón y lúbrico, era el alma de una mujer en el cuerpo de un hombre. Vestía como las mujeres, y muchas veces hizo ostentación de sus amores con amantes de todas clases, lo mismo aristócratas que esclavos y gladiadores.

Cuando ocupaba el trono un hombre auténtico, se vea imposibilitado de modificar las costumbres disolutas, fuertemente arraigadas en el espíritu de la época, y las circunstancias le obligaban a ser cruel. Así se fraguaban las conspiraciones y los asesinatos de todo género, porque los sentimientos humanitarios no formaban parte del alma de los romanos. El puñal y el veneno llegaron a ser los principales instrumentos de la gobernación del país. Así degeneró la raza y de esta forma sucumbió el Imperio más podrido que conoció la Historia.

Los aristócratas romanos sostenían que la virtud era un atentado contra las leyes de la Naturaleza, y la castidad se consideraba como una prueba de inferioridad. Sólo las mujeres que no sabían hacerse desear de los hombres permanecían fieles a sus maridos, y el marido cornudo que trataba de oponerse a la libertad sexual de su esposa, pasaba, generalmente, por un hombre ordinario, por un rústico ignorante de las costumbres romanas. Puede decirse que no existía un límite entre la mujer honesta y la prostituta, pues aquéllas trataban de imitar a éstas en todas sus costumbres.

En el año 53 se decretó que las mujeres aristócráticas que tuviesen relaciones sexuales con los esclavos, descendiesen también al rango de la esclavitud; pero si bien la ley se cumplió en alguna de sus partes, el espíritu del decreto se manifestaba en el sentido de que las damas no hicieran ostentación de sus amores con los hombres de las castas inferiores. Al cabo de poco tiempo, las cosas volvieron a quedar en el mismo estado, y las orgías de las esposas de los magnates con su servidumbre masculina y femenina, se hicieron célebres de nuevo, y eran consideradas como una genialidad aristocrática.

Los maridos, por su parte, gozaban de la misma libertad, y si no se oponían al desenfreno de sus esposas, tampoco lo aceptaban de buen grado, desquitándose con la misma servidumbre, también sin distinción de sexos. Así es como Juvenal, Tácito, Marcial y otros dicen que las más perfectas bellezas de Roma se encontraban entre la servidumbre de los magnates, ya que estos esclavos eran reclutados, no para dedicarles al servicio doméstico, sino con el fin de

satisfacer las necesidades eróticas de los amos que no reparaban en medios con tal de lograr sus principales fines en la vida.

Pero la lujuria de los magnates saltó por encima de los muros de las mansiones, desbordándose por los ámbitos de la vida pública. Los misterios griegos, las fiestas asiáticas en honor de Cibeles, las egipcias de Isis y Osiris, fueron importadas en Roma, y pronto perdieron su respetable carácter religioso para constituir la pauta de los desenfrenos más escandalosos. Tales eran, por ejemplo, las celebradas en honor de Baco, identificado con el antiguo dios del vino romano, Liber, fiestas que se convertían en frenéticas orgías, hasta el punto de que el Estado se vió precisado a intervenir para acabar con tan formidables escándalos. En el año 186, antes de Jesucristo, los adeptos del culto a Baco fueron ejecutados y suplicados por millares, pero sin que tan enérgica medida fuese bastante para extirpar el lúbrico rito de las costumbres de los nobles romanos.

Al mismo tiempo tenían lugar los festejos denominados Floralias, Lupercales y Saturnales, que se celebraban en honor de las prostitutas romanas y de las damas más significadas de la nobleza, que hacían todo lo posible por imitar a las mujeres de los lupanares. Los magnates, lejos de oponerse a ello, prestaban sus mujeres para que oficiasen en los ritos durante los cuales el adulterio era una cosa más que natural, perfectamente distinguida y de la más refinada elegancia moral.

En las bacanales que tenían lugar en los palacios, las damas actuaban completamente desnudas, lo mismo que las prostitutas. A las fiestas asistían gentes de las más elevadas capas sociales; pero también había militares, sacerdotes y hombres de condición semejante, que, por sus cargos, podían relacionarse con la aristocracia. Entonces, un capitán de legiones tenía a mucha honra que su esposa fuese gozada ante sus ojos por otro hombre de más elevada categoría social, lo mismo que los aristócratas significaban su aprecio a los de posición inferior entregándoles a sus mujeres.

Todo estaba permitido con el pretexto de la fiesta, incluso el bestialismo. En un mosaico hallado en las inmediaciones de Pompeya, se representa una bacanal en la que se ve a una mujer cohabitando con un asno y a varios hombres entregados al amor de las cabras o de los machos cabríos.

Hasta el reinado de Augusto no se modificaron las costumbres. Empezó por prohibir a los magnates el concubinato con mujeres de

condición no libre, aunque el resto de los ciudadanos estaba autorizado para continuar las costumbres. Las mujeres se dividían en tres categorías distintas: las "ingenuae honestae", o sea las de la casta privilegiada, que sólo podían aspirar a un matrimonio honorable; las "libertae", que no podían pasar de la categoría de concubinas, y otras cuyo rango social no estaba definido, y que lo formaban las prostitutas, las adúlteras y las actrices.

Las leyes garantizaron a los hombres la virtud de sus esposas; pero esta medida afectaba sólo a las clases superiores de la sociedad romana. El Código romano autorizaba al marido burlado para asesinar a los adúlteros, pero sólo en el caso de que el hombre no fuese un noble. El padre tenía el derecho de matar a su hija soltera y al amante si les sorprendía en la máxima intimidad. En otros casos, el castigo sólo podían imponerlo los Tribunales; pero las penas eran tan benignas que la medida no surtió ningún efecto, y la desmoralización de las costumbres continuó hasta que tomaron verdadero arraigo las leyes de la moral cristiana.

LOS GRANDES SEÑORES DE LA EDAD MEDIA

La moral cristiana.—La resistencia de los antiguos germanos.—Su concepto de la mujer.—Los nobles ante el adulterio.—La venganza del señor de Nuremberg.—El extravío típico de la época.—Ulrich de Lichtenstein.—Sus aventuras.—El caballero de Cabestaing.—La inmoralidad en los claustros.—Los flagelantes.—Los papas.—Los hallazgos del convento de Ulm.—Los magnates ingleses.—Su desenfreno erótico.

A partir de la caída del Imperio romano provocada, principalmente, en virtud de la densa inmoralidad de las costumbres, sobrevino la reacción ascética, que, bien mirado, parecía más bien un síntoma de perversión que el signo de una moral verdadera, por la razón simple de que todos los extremos son viciosos.

El predominio de la nueva moral cristiana que señalaba distintos caminos de perfección que los propuestos por el paganismo, inspiraba toda clase de actos diametralmente opuestos a la vieja doctrina a la que forzosamente habían de achacarse los desastres sociales y morales de la época que había terminado en la división de las edades.

Por esta razón, aunque, indudablemente, hubo personajes que no se destacaron por sus virtudes, es lo cierto que los hechos eran menos visibles y mayor, por tanto, la hipocresía.

Alemania fué el país que más resistencia opuso a la adopción de la nueva doctrina, que los antiguos germanos adoptaron las costumbres y los vicios de Roma, aunque siempre estaban en guerra los dos pueblos. No obstante, la situación de la mujer no era nada brillante, puesto que estaba sometida en absoluto a la tutela del marido. La Iglesia se esforzó en sustraen a las mujeres a ese dominio, intentando igualar en derechos a los dos sexos, pero condicionando sus relaciones a los ideales ascéticos, lo que tanto perjudi-

caba al hombre como a la mujer. Las relaciones sexuales no debían tener otra finalidad que la de la procreación, y como quiera que los hombres se negaban a adoptar tales prescripciones, los padres de la Iglesia medieval afirmaron que la mujer era una encarnación del demonio, y, por tanto, enfocaron toda su actuación contra el sexo femenino.

Los hombres, no obstante su aceptación, en principio, de las doctrinas de Cristo, lejos de apartarse de la mujer para no pecar, la consideraron poco menos que como un animal doméstico, con el que estaban permitidas todas las licencias posibles, ya que a su debilidad natural había que añadir la convicción dictada por la Iglesia de que se trataba de un ser inmundo. Por eso, las mujeres merecieron de los antiguos germanos la misma consideración y respetos que los que podía inspirar, por ejemplo, una cerda u otra hembra semejante.

Lo cierto es que, durante toda la Edad Media, sea por lo que fuere, las costumbres de los germanos dejaron bastante que desear. Ni las penitencias religiosas, ni las sanciones económicas, ni el temor a la vergüenza, impedían a los graves señores germanos entregarse a toda clase de licencias, violando, raptando y abusando de la debilidad femenina, cuyas lamentaciones no encontraban adecuado eco en el ánimo de los jueces.

La libertad de los magnates era extremada; pero, en cambio, estos derechos no alcanzaban a sus esposas. El adulterio era penado con inusitada crueldad, y el marido tenía derecho de vida o muerte sobre los amantes. Por lo general, el cornudo se contentaba con castrar al burlador delante de la infiel.

En estas escenas no intervenía sólo el afán de la venganza, sino que, indudablemente, el elemento sádico entraba en gran parte en la determinación de estas crueldades. Un noble de Nuremberg, que sorprendió a su esposa en flagrante delito de adulterio, hizo amarrar fuertemente a los amantes, mientras hacía venir a su casa a todos los amigos. Los reunidos deliberaron acerca del castigo que debía imponerse a los adúlteros, acordándose, tras de muchas cavilaciones, que el burlador apalease a la mujer, para recibir después otros tantos golpes de cada uno de los concurrentes al pintoresco espectáculo.

Como el adúltero comprendiese que cuantos menos golpes diera a su amante menos recibiría él sobre sus costillas, optó por quedarse quieto como en actitud retadora. Entonces el marido hizo que le amarrasen bien a un poste en los sótanos de la casa, y, entregando a cada uno de los asistentes un venablo, les prometió que entregaría su mujer a aquellos que clavasen el arma tres veces en el mismo sitio.

Ni uno solo de aquellos caballeros rehusó la iniciativa, y la dama fué poseída por siete de ellos, los cuales habían demostrado tener buena puntería. Huelga decir que el adúltero murió asaetado; pero la casquivana señora no lo pasó mejor, ya que hubo de aguantar la acometida de aquellos energúmenos, excitados por el espectáculo de la mujer que, completamente desnuda, fué obligada por su marido a presenciar la muerte del amante.

Algo parecido hizo un noble italiano con su infiel esposa. Este hombre, a pesar de gozar, según refiere Englisch, de una potencia viril extraordinaria, no era capaz de satisfacer completamente los ardores eróticos de su cara mitad, a la cual sorprendió un día en brazos de un amante.

Entonces el noble, hombre de gran sangre fría, dicen que pronunció la siguiente frase cínica: "Tanto mejor para ti. Ya que yo no sea bastante vigoroso para satisfacerte, te daré ocasión, al menos una vez en tu vida, para que sacies ese apetito que te consume". En efecto, hizo ir a su casa a doce cargadores del muelle y marineros, a los que retribuyó generosamente, con tal de que se turnaran en la posesión de su mujer hasta que agotaran las fuerzas o muriera ella; pero con la condición, además, de que él habría de presenciar el espectáculo. Los hombres cumplieron con su obligación, y durante los tres días que se prolongó el suplicio de la adúltera, el italiano no se movió de la estancia. Al cabo de ese tiempo expiró la señora a consecuencia de las tremendas heridas que en los órganos sexuales le produjeron aquellos energúmenos.

El extravío más curioso de aquellos magnates medievales, como ya hemos dicho en otro lugar, fué el amor caballeresco, en el que tenían cabida todas las manifestaciones algolágnicas, especialmente el masoquismo.

Un caso típico de esta naturaleza es el de Ulrich, señor feudal de Lichtenstein, hombre elegante, noble, bondadoso, audaz y aventurero, enamorado de la esposa de un amigo, pero sólo idealmente, como era costumbre entre aquellos caballeros de estupidez acrisolada.

Ulrich de Lichtenstein se enamoró de la bella, aparte de por su hermosura, porque su marido, muy poderoso, pero igualmente

imbécil, al saber que la dama había tenido determinadas relaciones con un trovador, la acusaba constantemente de infidelidad.

Ella, que aunque en realidad hubiera tenido algún desliz en otros tiempos, era a la sazón muy fiel a su marido, hombre celoso y débil de carácter, pero locamente enamorado, cosa extraña en aquellos tiempos, de la bella castellana, hasta el punto de que ella le dominaba, como ocurre siempre a los "calzonazos".

Una hermana de Ulrich, amiga de la dama, le refirió las desventuras de la honesta esposa, cuya fidelidad ponía en tela de juicio su marido, principalmente porque así lo decían malas lenguas en los contornos del feudo.

Ulrich no había visto jamás a la supuesta pecadora; pero con la descripción que de ella le hizo su hermana, tuvo bastante para enamorarse apasionadamente de la esposa de su amigo, hombre tan celoso, que la vigilaba constantemente, sin permitirle asomar la nariz ni por las ventanas más altas del castillo.

Después de convencerse de que la amaba tiernamente, con todo idealismo y con el máximo desinterés, visitó a su amigo para ofrecérsele en la tarea de demostrar la inocencia de su consorte y cortar las malas lenguas que se permitieran esbozar la menor sospecha acerca del honor de la hermosa e infortunada castellana. Esto no debió parecerle del todo mal al marido, por cuanto que el galante y enamorado caballero no tardó en ponerse en campaña en busca de los mal hablados, que no eran pocos, al decir de los cronistas.

La castellana tuvo noticias de la actitud del esforzado caballero por la hermana de éste, la cual la visitaba con frecuencia. Cuando la doncella de Lichtenstein regresó a casa, entregó a su hermano un pañuelo que, como prueba de gratitud, le ofrecía la señora del castillo.

El pobre hombre se dispuso a recorrer muchas leguas a la redonda, dondequiera que hubiese alguien que pudiera abrigar la menor sospecha del honor de la amada desconocida. Empezó por enviar a uno de sus escuderos en calidad de heraldo, anunciando que el señor de Lichtenstein estaba dispuesto a batirse con cuantos hombres, caballeros o no, fuesen capaces de mantener el menor pensamiento ofensivo al prestigio de la dama de su sueños o, por mejor decir, de sus desvelos.

Antes de partir en busca de aventuras, logró comprar los servicios de una vieja ama de llaves, a la que suplicó que le facilitase un barril de las aguas que hubiesen servido para los lavados íntimos

de su señora, única bebida que pensaba consumir durante su viaje.

En este punto, se advierte claramente que el masoquismo del de Lichtenstein era menos espiritual de lo que se imaginan los cronistas y biógrafos del célebre caballero andante. Al mismo tiempo, aunque poseía bienes de fortuna, con tal de demostrar a su amada la pasión que le consumía, acostumbrada a dormir entre los leprosos, muy abundantes en la Edad Media, e incluso a curarles sus repugnantes llagas. Todo esto lo hacía conociendo el espíritu caritativo de la castellana, ante la que, naturalmente, quería presentarse como un dechado de virtudes.

Allí donde encontraba alguien que se atreviera a poner en tela de juicio la honorabilidad de la castellana, no titubeaba en lanzar su guante, enzarzándose en peleas de las que no siempre salía bien librado. Ansioso de probar su valor, en contraste con el espíritu apocado del esposo de su dama, provocaba sin motivos a los caballeros de los contornos, y, si resultaba vapuleado en el lance, decía que su mayor placer era sufrir por aquellas aventuras.

¿Era un perturbado? No; era, sencillamente, un "caballero" que no hacía motivos para despertar los celos del marido de su amante ideal, porque estos maridos no se inmutaban como no viesen a sus esposas con las manos en la masa.

Por otra parte, el adulterio de los caballeros estaba reputado como una acción de mal gusto y altamente deshonrosa para el espíritu de la caballería. Por esta razón, los adúlteros eran castigados con la misma pena, que generalmente era la de muerte. Esto le ocurrió a otro perturbado de la categoría social de Ulrichs llamado Guillermo de Cabestaing.

Este individuo empezó a adorar platónicamente a la esposa de un señor feudal que se distinguió siempre por su crueldad y su elevado espíritu de justicia. Cabestaing cometió innumerables tonterías por el amor de la dama, la cual se unió a su marido sin conocerle siquiera, pero obedeciendo a las indicaciones de su padre y a las viejas tradiciones familiares.

El caballero Cabestaing no se conformó con aquel amor platónico, sino que, valiéndose de ciertas habilidades, logró llegar hasta la cámara de la amada, en ocasión en que el marido se había marchado de viaje, después de haberse cerciorado de la seguridad de la cerradura del candado del cinturón de castidad que a toda hora llevaba su esposa. Mas el viaje fué una comedia preparada por el esposo para persuadirse de la fidelidad de su mujer, de la que no

se encontraba muy satisfecho, y, cuando los amantes estaban más tranquilos, se presentó el feroz celoso, el cual asesinó allí mismo a su burlador.

Pero no acabó aquí el lance. Aquella ofensa inferida a su honor fué agravada por la afirmación de la adúltera, la cual aseguró que jamás se sometería al homicida, ya que había entregado su corazón al muerto. El marido, que se disponía a hacer con ella lo que con el amante, lo pensó mejor, y, abriendo el pecho del cadáver, le sacó el corazón, que obligó a comer a su mujer. Esta no tuvo más remedio que comerse el simbólico despojo; pero, para demostrar a su marido que nada la atemorizaba, subió a la torre más alta del castillo y desde allí se precipitó contra las rocas, quedando muerta en el acto.

Este género de sadismo, tan frecuente en aquella época, estaba alentado por el predominio de los ideales ascéticos que tendían a imponer el martirio de la carne por todos los procedimientos.

Así es como, en el siglo VIII, el Papa Adrián IV se vió obligado a reprimir los desmanes de los obispos y clérigos más significados, los cuales se entregaban a la tarea poco piadosa de la flagelación en aquellas ceremonias que tenían más de orgías que de actos sagrados.

Las personas de más elevada alcurnia, especialmente los hombres, se reunían en los claustros para entregarse a estos desenfrenos algolágnicos, activa y pasivamente a la vez. Fué en Alemania donde adquirió más desarrollo la doctrina de los flagelantes, sostenida por las prédicas de los más destacados magnates de la Iglesia. Por lo general, se organizaban procesiones cuyos fieles eran los grandes señores y las mujeres del pueblo, los cuales, completamente desnudos, se azotaban en las calles mientras elevaban preces a los poderes divinos. Los papas y las más altas dignidades de la Iglesia, aconsejaban la flagelación como procedimiento eficaz para calmar los ardores de la carne, lo que, en realidad, era tanto como querer apagar un fuego arrojando sobre él haces de leña seca.

No sabemos si era la ignorancia o el vicio la fuente de inspiración de tales recomendaciones. Seguramente sería lo segundo, ya que las personas más significadas eran los primeros defensores de tales doctrinas totalmente opuestas a lo que debe de ser la austeridad verdadera.

Hacia el año 1260, en las ciudades germanas era muy corriente ver largas procesiones formadas por hombres y mujeres de todas

las condiciones, los cuales, desnudos de medio cuerpo para arriba, eran conducidos por sacerdotes que enarbolaban estandartes y crucifijos a través de las calles nevadas, ya que se escogían para estas ceremonias los días más crudos del invierno.

No obstante el entusiasmo que habían despertado estas prácticas entre las gentes más distinguidas, las autoridades eclesiásticas que las habían favorecido, modificaron su opinión, y, en lugar de celebrarse los actos en público, se dispuso que tuvieran lugar en los conventos.

El populacho se opuso a que las cosas variasen en aquel sentido, pues aunque ello no implicase una reducción de la libertad, el hecho de que tuvieran su escenario en los lugares sagrados, implicaba en el criterio de las gentes cierta repugnancia, lo que demostraba, sin lugar a dudas, que las emociones experimentadas en esas ceremonias no podían ser consideradas como estrictamente religiosas. Mas, a pesar de la negativa del pueblo, los magnates impusieron su voluntad, especialmente con el deseo de evitar la promiscuidad de castas, y, sobre todo, porque en público no podían completar las excitaciones con la misma comodidad y recato que era posible en lugares cerrados.

Los que se flagelaban con honradez, lo hacían en la creencia de que de esa manera quedaban exentos de las penitencias infligidas por la Iglesia. Según dicho criterio, el bautismo de sangre reemplazaba a todos los sacramentos religiosos. En el siglo XIV, el Papa Clemente VI prohibió en absoluto las flagelaciones, bajo pena de excomunión; pero la prohibición no fué aceptada más que por las gentes de las clases humildes, ya que las personalidades que tenían influencias y dinero para adquirir bulas, es decir, autorizaciones para pecar, prosiguieron en sus aficiones hasta bien entrado el siglo XV.

No pudo la Iglesia desarraigar tan antiguo vicio con la rapidez que hubiera querido; pues, aunque se suprimieron las manifestaciones públicas y los actos de los claustros, las personalidades de mayor relieve de la sociedad medieval, entre las que figuraban obispos y sacerdotes de mucho prestigio, fundaron círculos secretos de flagelantes, en los que se demostraba suficientemente que la sensualidad era el único objeto de tales prácticas.

Los nobles y sus esposas se entregaban al más desenfrenado libertinaje, teniendo lugar escenas sangrientas de una crueldad inaudita. Entre los religiosos verdaderamente honrados y creyentes, la

flagelación no pasaba de ser una forma de penitencia eclesiástica y sobre todo monástica. Muchos conventos, monasterios y lugares de peregrinación alcanzaron gran celebridad por servir de teatro a estas costumbres tenaces. Entre ellos, algunos de Nuremberg y de Colonia conservan en sus museos los instrumentos de flagelación de la época.

Las mansiones aristocráticas sirvieron de centro de reunión a los magnates de los contornos, que se entregaban a toda clase de manifestaciones algolágnicas. Uno de los más célebres fué el castillo de Ulm, ciudad alemana del Estado de Wurtemberg, y que puede considerarse como un completo museo. Las ventanas góticas del famoso castillo, situadas en la parte alta del edificio, estaban cerradas por magníficos vitrales reproduciendo escenas de sadomasoquismo de un realismo aterrador. El vitral que reproducimos representa a tres hombres encadenados, completamente desnudos, que permanecen en actitud orante ante una mujer de aspecto homosexual, la cual tiene un látigo en una mano y un flagelador en la otra, mientras pisa el cuerpo de otro de sus adoradores. Las altas botas de fuertes espuelas constituyen un detalle del fetichismo del calzado que ilustra de una manera indiscutible la importancia que esta parte del vestido representa en el índice de las perversiones sexuales de todos los tiempos. (Lámina I.)

Durante cierto período de la Edad Media, la clase eclesiástica alemana vivió entregada de continuo a los placeres de la carne, y en el siglo XI, la mayoría de los magnates religiosos estaban casados o vivían en concubinato. Cuando Gregorio VII prohibió el matrimonio de los eclesiásticos, muchos obispos se opusieron enérgicamente a acatar la disposición. Algunos manifestaron su disgusto de forma tan violenta, que el Papa les castigó con la pena de lapidación; de esta forma entregaron la vida muchos célebres padres de la Iglesia, y otros, sus órganos genitales, ya que también existía la pena de la castración.

El obispo Enrique de Lieja fué uno de los más entusiastas defensores del concubinato, y, no contento con tener por concubina a una abadesa, poseyó un verdadero harén formado por las más bellas muchachas de los contornos. Este obispo se hizo célebre por haber tenido catorce hijos en el espacio de año y medio.

La creencia fuertemente arraigada en aquella época de que las relaciones sexuales con los eclesiásticos eran el más fácil camino del cielo para la mujer, contribuyó más a hacer imposible la intención del Papa. Muchas mujeres muy religiosas iban a los conventos disfrazadas de monjes, peregrinos o mendicantes, y, de esta forma, se introducían en los recintos sagrados de los monasterios, donde tenían lugar verdaderas orgías, en las que se bebía, se cantaba, se bailaba y se practicaba el amor en todas sus formas. Un eclesiástico alemán de la época, Geiler von Keiserberg, dice que las mujeres que entraban en los conventos con intenciones de abrazar la religión, salían de ellos completamente pervertidas. Esto se refiere a los conventos femeninos, lo que quiere decir que, aunque era imposible el contacto con los varones, ello no era obstáculo para que las novicias se entregasen a todos los vicios conocidos.

Los conventos alemanes se convirtieron en burdeles y casas de citas amorosas de las gentes de la mejor sociedad, hasta el punto de que los propietarios de burdeles que pagaban con puntualidad sus contribuciones, elevaron una enérgica protesta a los Poderes públicos, exigiendo que se impusiesen a los conventos las mismas cargas contributivas, en cuyo caso estimarían lícita la competencia.

Muchos personajes eclesiásticos que tenían la misión de controlar el funcionamiento de los burdeles, no hacían, en realidad, otra cosa que buscar mujeres para conducirlas a los conventos, en los cuales las ofrecían como castas doncellas a los nobles señores que acudían a tan poco piadosas reuniones conventuales.

La justa demanda de los dueños de las casas de prostitución fué desestimada por las autoridades, ya que tal estado de cosas era mantenido por los personajes más influyentes de la Iglesia y la política.

En los conventos de monjas o, por mejor decir, de prostitutas, no tardaron en descubrirse los frutos de aquellos pecados de la carne. En una carta, fecha 20 de junio de 1484, el obispo Gaimbus de Kastell informó al Papa que, en ocasión de una visita que giró al convento de Seflingen, en las inmediaciones de Ulm, se había encontrado con que todas las religiosas estaban embarazadas. Con motivo de la demolición del convento de Mariakron, se descubrieron numerosas osamentas de recién nacidos, afirmándose también que en los tiempos del Papa Gregorio I fueron hallados en el lago de un convento seis mil cráneos de niños.

Puede decirse que la moral de los religiosos, sobre poco más o menos, se inspiraba en los actos de los pontífices, ya que hubo algunos en aquella época que se hicieron célebres por sus escándalos. Uno de éstos fué Juan XXIII, llamado Baltasar Cossa, elegido en

el año 1410. En sus mocedades había practicado la poco honorable profesión de corsario, en la que contrajo méritos para ser nombrado archidiácono de Bolonia, sucediendo después en la silla pontificia a Alejandro V.

Baltasar convirtió el palacio en un burdel, al que concurrían las gentes más significadas de la aristocracia, reuniéndose en verdaderas bacanales. En el Concilio de Constanza se sacaron a relucir todos los trapos sucios de la vida del pontífice, por lo que tuvo que huir, ayudado por el duque Federico de Austria, gran amigo suyo y compañero inseparable de aventuras amorosas.

El Papa Julio II fué un invertido, y lo mismo se sabe de los pontífices Pablo II, Sixto IV, Ludovico de Baviera y otros muchos.

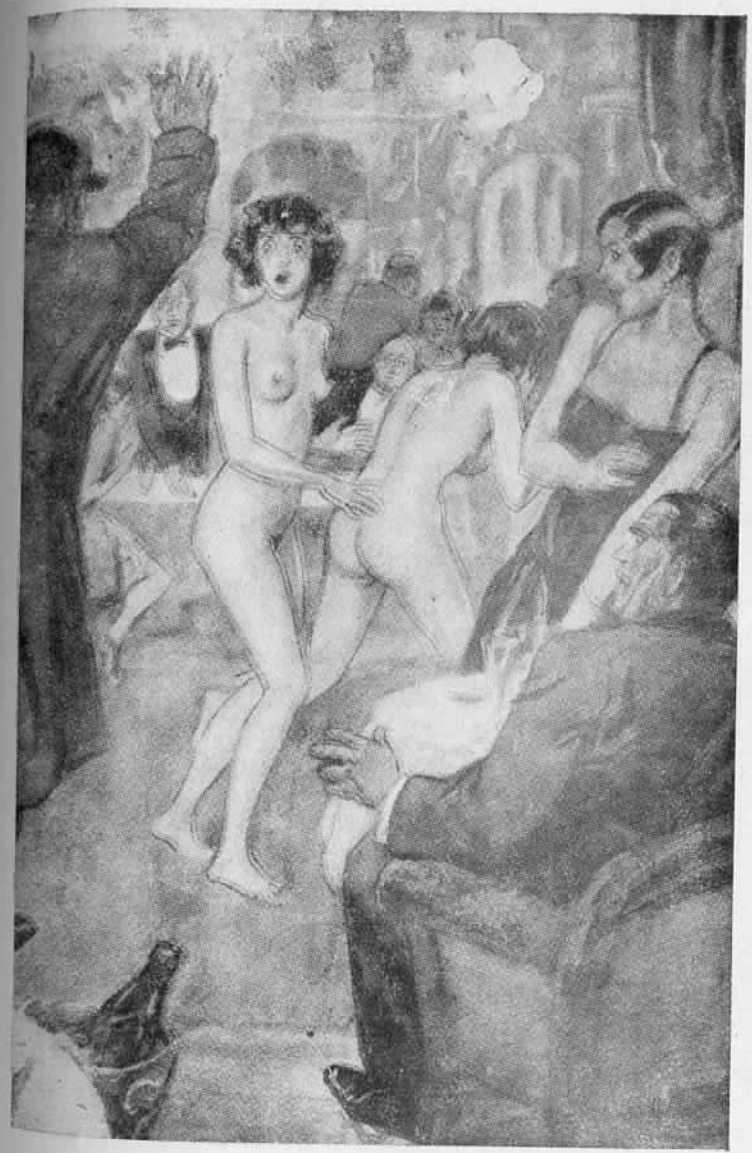
Algunos nobles, con seguridad impotentes ancianos o débiles sexuales, se mostraron opuestos a esos desenfrenos de la clerecía. Otros más, adoptaron la misma actitud intransigente; pero, si bien no asistían a las bacanales de los conventos, era porque no tenían necesidad de salir de sus palacios, en los que, al modo del caballero Gilles de Rays, podían disponer de cuantas personas quisieran, reclutadas entre los vasallos, para organizar las más asombrosas orgías eróticas.

Los castillos alemanes y franceses se convirtieron en centros de escándalo más importantes que los conventos. El señor feudal estaba asistido por el derecho de poder disponer a su antojo de las mujeres de sus feudos, y los villanos tenían a mucha honra que sus hijas y esposas fuesen objeto de tan delicadas distinciones.

En aquella época del cinturón de castidad para las damas encopetadas, cuando mayor auge alcanzó el extraviado amor de los caballeros, éstos hacían compatible la castidad que prometían a sus damas con la satisfacción de todos los deleites de la carne. La promesa se refería sólo a permanecer castos con las damas; pero como el desprecio hacia las clases inferiores era tanto, el hecho de que los caballeros violasen a las villanas y formasen con ellas verdaderos serrallos, no equivalía a una violación del voto, sino que se estimaba como una función fisiológica natural de las más vulgares.

Como ya hemos dicho en otra ocasión, el amor psíquico estaba completamente separado de la satisfacción de los impulsos materiales, entendiéndose por amor noble la adoración platónica que los caballeros dedicaban a las damas, sin importarles que éstas cumpliesen con sus deberes conyugales con sus esposos.

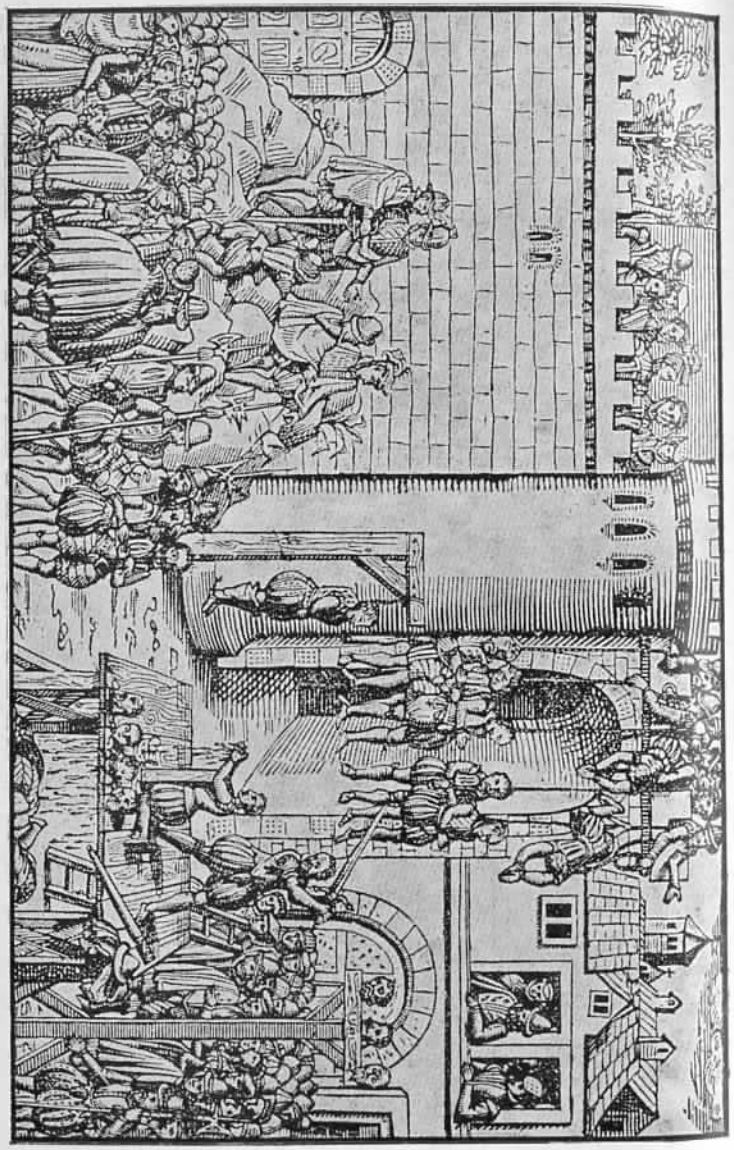
La villana, la mujer del pueblo, no inspiraba nunca el menor



LOS DESNUDISTAS DE LONDRES

"La policía en un club de desnudistas", es como se titula esta acuarela de Erich Schutz, que reproduce una de las escenas de la lucha que constantemente sostiene la policía contra los magnates británicos.

LAMINA III



EL SADISMO DE LOS NOBLES
El presente grabado reproduce las escenas de ejecución de los reos, espectáculo que se consideró de gran atracción sexual por los ingleses.

LAMINA IV

afecto. Su misión cerca de los señores de los feudos consistía únicamente en satisfacer sus deseos animales. Por esta razón es por lo que los caballeros no ponían traba alguna a sus instintos, practicando con aquellas infelices los actos más brutales, empezando por el derecho de pernada y de desfloración, que también ejercitaron muchos eclesiásticos.

En Inglaterra, país que se considera como la cuna de las más graves perversiones sexuales, prosperaron durante toda la Edad Media la manía de la desfloración, el flagelantismo y la crueldad. Lo poco que se sabe de las costumbres de esa época, se refiere a los mayores crímenes eróticos modernamente representados en los actos de Jack el Destripador, y en los hechos de muchas personalidades que llevaron sus vicios a las colonias británicas.

Los vicios de los antiguos germanos, con ser muchos, no alcanzaron los mismos caracteres de crueldad que los que ocuparon las aficiones de la sociedad inglesa de los siglos del IX al XIV, cuyas referencias encontramos en la literatura erótica de los ingleses, especialmente en las obras de Geoffroy Chaucer y, más tarde, en las de Shakespeare, Marlow, Greene, Webster y otros, cuyas producciones rivalizan en obscenidad.

La literatura algolágnica en todas sus formas, especialmente la que se refiere al flagelantismo, es de una extensión abrumadora, que quizá no ha sido superada por la que hicieron los alemanes. Aunque se trata de autores del Renacimiento, en sus obras se describen con el mayor lujo de detalles las más espantosas escenas de crueldad que tuvieron lugar en los tiempos medievales en las mansiones y castillos de los grandes señores. El hecho de que un hombre asesinase a su compañero de goces carnales, no tenía ninguna importancia, puesto que todo se justificaba con el poder irrefrenable del instinto.

Desde luego, ni en Inglaterra ni en Alemania hubo sádicos que superasen la celebridad del mariscal Gilles de Rays y de sus amigos. Ahora bien, es fácil que el número de pervertidos ingleses de esta clase fuese superior en Inglaterra al de Francia y Alemania juntas. Mientras en estos países tenían lugar los célebres extravíos de los caballeros galantes, la caballería era desconocida en Inglaterra en virtud de su aislamiento del continente; pero, en cambio, se practicaban otros vicios infinitamente más crueles, que tampoco tuvieron tan escandaloso escenario en el resto de Europa.

Fué algo más tarde, al iniciarse el período renacentista, cuando los vicios sexuales lograron su universalidad actual, los cuales ser-

vían de preferente distracción, no sólo a los nobles, sino incluso a los reyes, especialmente en Inglaterra y Francia. El vicio inglés siguió caracterizándose por su sentido algolágnico; pero el francés era más normal, más a tono con las leyes naturales, sin que por esto vayamos a decir que la virtud francesa superaba a la de los magnates de la rubia Albión.

Con el desarrollo de la cultura y las influencias decisivas del Cristianismo, desaparecieron, en gran parte, los vicios que servían de base a las costumbres de la segunda mitad del período medieval. Puede decirse que aquel espíritu de crueldad fué disuelto en el cáustico del renacentismo, que tendía a imitar la elegancia de las costumbres clásicas, especialmente en la alta sociedad francesa, que cayó al empuje vigoroso de la Revolución. Los alemanes e ingleses, seguramente menos cultos y más aferrados a las antiguas tradiciones, conservaron durante algún tiempo los usos seculares, hasta que dieron en imitar las normas de Italia, lo mismo que había hecho la aristocracia francesa.

LOS REYES DE FRANCIA E INGLATERRA

La galantería francesa.—Los desenfrenos de Francisco I.—Cómo adquirió la sífilis que le llevó al sepulcro.—Enrique III.—El reinado de Luis XIV.—Megalómano e hipócrita.—Su discreción amorosa. — Mazarino y su sobrina.— Una caballerosidad relativa. — La Lavalliere, la Montespan y otras.—Luis XV.— Los monarcas ingleses. — La corrupción británica.—Los magnates y las prostitutas.

La vida galante de los soberanos franceses, que tanto influyó en los posteriores destinos de Francia, y que, a la vez, sirvió de pauta en las costumbres de la época, empieza a ser escandalosa en el siglo XVI, y no acaban los escándalos hasta que la guillotina empezó a cosechar cabezas de reyes y magnates.

Es en el siglo XVI principalmente cuando se inicia la era de la real galantería francesa con el reinado de Francisco I, el implacable enemigo de Carlos I de España, el cual le derrotó en la célebre batalla de Pavía, trayéndole prisionero a Madrid. El padre de Francisco I, Carlos de Angulema, legó a su hijo un temperamento ardiente y apasionado y una afición loca a las mujeres.

En casi todos sus castillos poseía verdaderos serrallos. Consideraba a las damas de la corte como de su propiedad, y aquella que no se avenía a servir de objeto a la lujuria del monarca, no tardaba en experimentar los efectos de su negativa. El rey no atacaba directamente a la esquiva, sino que lo hacía a sus maridos, padres, bienes, etc.

En sus posesiones de Angulema es donde pasaba la mayor parte del tiempo, que dedicaba a las orgías. Se hacía llevar al castillo a las más bellas mujeres de los contornos, y si es cierto que rara vez violentaba a ninguna, lo mismo que procuraba vengarse de los desdenes que le hacían, recompensaba largamente a aquellas que se prestaban de buen grado a distraerle.

En una ocasión se encaprichó de la esposa de un gentilhombre, recto caballero enamorado de su cara mitad. La esposa no tardó en

sucumbir a las seducciones del monarca, y entonces el burlado esposo discurrió un procedimiento bastante original para vengarse. Al efecto, el gentilhombre procuró entablar relaciones sexuales con las prostitutas más despreciables, con la finalidad exclusiva de contagiarse de sífilis, enfermedad que entonces causaba los estragos más terribles.

Nos cuesta trabajo explicarnos la razón de esta conducta suicida del magnate, pero ello se explica perfectamente. Mortalmente herido en su amor propio de enamorado, procuró olvidar la traición de su esposa cuando le asistía un derecho perfectísimo para asesinarla, con tal de llevar a cabo su insólita venganza. Y como se lo propuso lo consiguió. Se contagió de la entonces poco menos que mortal dolencia, no descansando hasta que no vió que el morbo había prendido en la naturaleza de la adúltera. Entonces desarrolló la segunda parte de su táctica, que consistió en dificultar las entrevistas de su esposa con el monarca, lo que, de una parte, le permitía contagiarla «debidamente», y de otra, era causa de que el regio amante la desease con más ardor. Al cabo de algún tiempo se fué a un largo viaje, encargándola que frecuentase más que nunca las distracciones de la corte, con lo que probaba su adhesión al monarca.

Huelga decir que el rey y la esposa del gentilhombre ya no tuvieron nada que temer del marido, el cual había realizado por entero su venganza, pues cuando regresó a la corte se encontró con la noticia de que la dama había sido enterrada unos días antes, y Francisco I estaba en el lecho gravemente enfermo. Algún tiempo después, en el año 1535, Francisco I entregaba su alma al diablo víctima del terrible sifilazo que con tanta sangre fría le administró su gentilhombre de cámara.

Hasta el reinado del rey Sol, la vida de los monarcas anteriores apenas si mereció la atención de los cronistas e historiadores. Se sabe, sí, que Enrique III no se distinguió por su afición a las mujeres, pero en cambio vivió en la mejor armonía con algunos jóvenes y vigorosos soldados de sus ejércitos, a los que rodeó de privilegios, haciéndoles grandes señores.

En algunas fiestas palaciegas, especialmente teatrales, gustaba de representar papeles femeninos con un realismo sorprendente, ya que no tenía necesidad ni de imitar siquiera la voz de tono de tiple. Algunos cortesanos criticaron la conducta del monarca, retirándose con diversos pretextos de la sociedad real, pero otros siguieron

las aficiones de Enrique III, el cual puso de moda la homosexualidad en los ámbitos cortesanos.

Enrique IV no fué homosexual. Fué el «Verde Galante», porque aun en su más avanzada edad procuró conservar los ardores de la juventud, ya que el signo más relevante de distinción entre los aristócratas de la época estribaba en ser «enamorados», en ser galantes, en rendir a las mujeres los homenajes que merecían por su juventud, su inteligencia y su belleza, que, a pesar de todo, tenían que traducirse en actos completamente sexuales. Fué como una reminiscencia de la época caballeresca, pero mejor interpretado el sentimiento del amor, más normal, más positivo.

El amor era tanto como una religión místicoliteraria, de la que tenía que ser devoto todo hombre selecto. El pueblo mismo imponía esta doctrina, y los reyes no podían por menos de satisfacer tan grato anhelo nacional.

Hay quien dice que Luis XIV tenía un temperamento que no se avenía de muy buen grado con estas costumbres reales, pero ello resulta completamente inexacto y no pasa de ser una opinión aduladora. Si así hubiere sido, no existiría hoy la copiosa literatura de la época del rey Sol, uno de los monarcas más amados del pueblo, que le profesaba una adoración casi supersticiosa, pues se creía ciegamente que cuando hacía mal tiempo y el rey salía a la calle, los elementos se calmaban, y si era de día, el sol alumbraba con más esplendor.

Luis XIV fué un «enamorado», o, por mejor decir, un enamoradizo. En este monarca se encuentra el tipo completo del hombre que necesita muchos amores para satisfacer sus necesidades psicológicas y eróticas. Un historiador de reyes de tanto prestigio como Saint-Simón, decía de él. «Aunque hubiera sido un simple particular, habría poseído igual talento para las fiestas, los placeres, la galantería, y para llevar a cabo los mayores desórdenes de amor.» Pero esto, a pesar de todo, no pasa de ser una opinión de escritor agradecido.

Este monarca era, no cabe duda, un megalómano erótico mucho más que un erotómano. Es decir, que seguramente influenciado por el espíritu de la época, le interesaba más que se conocieran sus aventuras sexuales, por el placer que esa divulgación producía a su orgullo, que el mismo deleite que con tal conducta experimentara: esta era la prueba del desvío sexual del rey Sol.

No obstante, al mismo tiempo se esforzaba en dominar sus pa-

siones haciendo frases como esta: «Ejerciendo en la tierra una función divina (1), debemos aparecer incapaces de las agitaciones susceptibles de rebajarla, o por lo menos, si es cierto que nuestro corazón, como corresponde a la debilidad de la naturaleza, siente, a pesar suyo, esas vulgares emociones, nuestra razón debe ocultarlas tan pronto como puedan dañar al bien público, para el que solamente hemos nacido.»

Y sin embargo, como una eterna contradicción, este monarca ponía especial empeño en ocultar sus amores, extraña política que se traducía en efectos completamente contrarios, puesto que alrededor de esos misterios los comentadores hacían verdaderas bolas de nieve, que el rey no hacía nada por disolver con el calor de la verdad. A lo sumo, cuando alguno de sus íntimos se permitía hablarle de ello, Luis XIV esbozaba una sonrisa elegante, en la que no había ni aprobación ni negativa.

Ateniéndonos a las referencias de los cronistas más imparciales, los que, justo es decirlo, acaso no tuvieran que agradecer ningún favor al rey Sol, la vida de éste no fué ningún modelo de virtudes, pues desde la edad más tierna asistió con su hermano a las citas galantes en las casas menos respetables de París.

Su primer lío cortesano lo tuvo con Catalina Enriqueta Bellier, la noble señora de Beauvais, que a la sazón contaba muy cerca de los cincuenta años, mientras el rey acababa de cumplir los quince. Esta vieja dama fué la sapientísima iniciadora del monarca en los misterios del amor, ya que, según se cuenta, en sus relaciones con las prostitutas de más o menos alcurnia mostró su ignorancia en ocasiones repetidas.

Este lío duró poco; lo suficiente para que el joven Luis aprendiese a andar solo por el camino de la sexualidad. La duquesa de Orleáns pudo decir al cabo de poco tiempo que el rey era un mozo de temperamento tan ardiente, que ya había aprendido a llegar hasta el desenfreno. Campesinas, criadas, camareras, hijas de jardineros o damas de la corte, todas eran buenas para aplacar la sensualidad del joven que en este punto no mostraba los menores escrúpulos. Estas referencias, debidas a las afirmaciones respetables de la duquesa, contrastan bastante con lo que dicen los apologistas del rey galante y refinado, en cuya conducta, según esos señores, se miraban como en un espejo los más dignos magnates de Francia.

(1) Como se ve, la megalomanía del rey no puede estar más clara, puesto que al sentirse adorado por los supersticiosos de la época, creía que, en efecto, su misión en la tierra era algo más elevada que la que buenamente pueden desempeñar los simples humanos.

Todavía hay quien dice que estas libertades del rey eran fomentadas por el célebre cardenal Mazarino, el cual hacía todo lo posible por que el monarca desatendiese los negocios del Estado, a fin de encargarse él de las riendas del Poder.

Para asegurarse mejor de la debilidad del rey, el cardenal hizo venir de Italia a varias sobrinas suyas, entre las que se encontraban Olimpia Mantinozi y María Mancini, seguro de que los encantos de estas adorables criaturas habían de impresionar el corazón o, por lo menos, la sensualidad del rey. La primera desapareció pronto de escena, porque no interesando al monarca, se fué tras el conde de Sissons, noble palaciego que no hubiera tenido inconveniente, a pesar de todo, en desposar a Olimpia después de haber satisfecho los caprichos reales.

Pero la Mancini secundó tan admirablemente los planes de su tío, que cuando la reina madre quiso darse cuenta, los jóvenes estaban enamorados en la forma que menos convenía a las razones de Estado; es decir, apasionada, romántica y «solo» espiritualmente. Más tarde se comprobó que la joven italiana no pretendió otra cosa que cazar al rey, el cual lloró como un chiquillo cuando comprendió que las razones de Estado eran mucho más poderosas que las del amor. No tuvo más remedio que consolarse con la infanta María Teresa de España, joven sin gracia y sin belleza, que dejó abierto a su esposo el camino del adulterio.

Una de las primeras aventuras extraconyugales del monarca «caballero» fué la conquista de Enriqueta de Inglaterra, esposa de su hermano. Su caballerosidad, como vemos, era menos real que supuesta. Al mismo tiempo, cortejaba a una joven dama de honor de su esposa, la princesa de Lavalliere, y para que no le quedase tiempo libre, instaló en una casita de las afueras de París a la hija de un fontanero, con la que tuvo hijos.

El amor más serio de Luis XIV en esta época fué el de la de Lavalliere, a la cual visitaba de una forma harto vulgar y pintoresca: de noche, cuando todo el mundo se hallaba entregado al descanso, el rey salía por una ventana que daba al tejado, y lo mismo que los gatos en la época del celo, iba en demanda de las habitaciones de su querida, a la que le hizo el honor de engendrarle cuatro hijos.

Su amor por esta mujer fué tan sincero, que cuando ella se retiró a un convento bastante molesta por la conciencia, el rey no tuvo inconveniente en ir a buscarla dos veces al sagrado retiro.

A la arrepentida sucedió la marquesa de Montespán, la cual disfrutó el título de favorita durante once años, de 1668 a 1679. Este hombre era tan fecundo, que en ese tiempo fué padre de siete hijos. La marquesa cansó al rey por su fecundidad y por su orgullo, liándose con la señora de Scarrón, viuda de un poeta y educadora de los hijos de la Montespán.

Tampoco duró mucho este lío. La Scarrón fué sustituída por la duquesa de Fontanges, dama de honor de la reina, la cual se presentó medio desnuda ante el rey con el fin poco piadoso de hacerle caer en sus brazos, lo que consiguió con facilidad. Durante los tres años que duraron aquellas relaciones, nuevos hijos vinieron a demostrar las facultades procreadoras de aquel garañón sentimental, pero al fallecer la duquesa a consecuencia de un mal parto, el rey volvió de nuevo a la viuda de Scarrón, que pasó a ser la marquesa de Maintenón, y más tarde, cuando murió la reina, la esposa legítima y morganática del rey de Francia.

Falleció Luis XIV y vino el período de la Regencia, a cargo del hijo del hermano del rey muerto, el cual puso en práctica todas las aberraciones que en sus libros hiciera célebres el marqués de Sade. Y aparece Luis XV en el escenario de los reyes de Francia.

El famoso parque de los Ciervos era refugio galante de este rey, de quien se dijo que era la reencarnación del mismo Príapo. Bajo su reinado tuvieron lugar los escándalos más vergonzosos que registra la historia de la humanidad.

Aparte de las favoritas que tuvo, bajo el disfraz de un título polaco, sedujo a numerosas jóvenes. En las habitaciones del parque, y convenientemente separadas, vivían a la vez tres o cuatro queridas del rey, con las que tuvo varios hijos. Pero esto no le bastaba al lujurioso señor. Hacía que sus amigos llevasen a sus amantes, y allí organizaban orgías de todo género, que terminaban siempre retirándose el rey, con la mujer que más le agradaba, a una de las habitaciones íntimas del real picadero. (Lámina II.)

Le sucedió Luis XVI, que nada tuvo que envidiar a su antecesor, con la agravante de que su esposa, la célebre María Antonieta, rivalizó con el rey en escándalos y desenfrenos.

Pasemos por encima de Napoleón, que merece, con toda su familia, un capítulo aparte, para ocuparnos de las costumbres de los reyes de Inglaterra, no menos interesantes.

A principios del siglo XVI comienza el reinado de Enrique VIII, ardiente entusiasta del matrimonio, vicioso, mujeriego y muy amante de la moralidad pública. Esta particularidad es característica de la moral inglesa de antes y de ahora.

Toda la vida de Enrique VIII es una cadena de intrigas amorosas. Era un hombre bastante zafio, inculto, gordo y de aspecto de mesonero del siglo pasado. Aunque no era culto, protegió a los artistas, con los que gustaba reunirse, de cuya forma adquirió la poca cultura de que tanto hizo alarde.

En su afán de destacarse sobre el marco vulgar de sus antecesores, se le ocurrió fundar el anglicanismo, separándose de la Iglesia católica. Esto ocurrió con motivo de su divorcio con la primera esposa que tuvo, Catalina de Aragón, con la que vivió dieciocho años de constante martirio. Al cabo de ese tiempo la repudió, lo que, como decimos, fué causa del cisma inglés.

Poco después contrajo matrimonio con Ana Bolena, bella mujer, muy ligera de cascos, a la que mandó decapitar por traidora y adúltera en el año 1536. Luego se casó con Ana de Cleves, cuya unión sólo duró algunos meses, y al poco tiempo contrajo quintas nupcias con Catalina Howard, a la que también hizo cortar la cabeza, en el año 1542, por causas parecidas a las que fueron la razón de la muerte de su segunda esposa.

Durante cinco años, este Landrú del siglo XVI pareció vivir persuadido de que el matrimonio no se había instituído para él, entregándose a toda clase de excesos con cuantas mujeres se ponían al alcance de sus caprichos; pero, en 1548, se casó con su última mujer, Catalina Parr, con la que tampoco fué muy feliz. Sólo reinó hasta 1547, por fortuna para el pueblo inglés.

Los historiadores empiezan a ocuparse de las costumbres de Inglaterra con la Restauración, en el siglo XVII, que es cuando la aristocracia inglesa empieza a vivir de una manera más sociable de como lo había hecho hasta entonces.

Todo el período de la Restauración se caracterizó por un estado de inmoralidad y de desenfrenos, como si toda aquella "high-life", rica de pronto, quisiera resarcirse de cuantos placeres había dejado de experimentar. En efecto, fué la reacción contra las doctrinas del puritanismo, que alcanzó su máxima expresión bajo el dominio de Cronwell. Esa atmósfera de austeridad fué tan espesa, que la

reacción en sentido inverso se operó de una manera arrolladora y violenta.

En estas condiciones, sube al trono Carlos II, monarca ávido de placeres y mordido por todos los vicios, que inició su reinado con unas fiestas completamente orgiásticas, que fueron algo así como la piqueta demoledora de toda la antigua virtud intransigente.

El rey se rodeó de numerosas queridas, a las cuales tenía instaladas lo mismo en palacio que en cuantos puntos convenía a ellas. Sus favoritas fueron la duquesa de Castelmaine, la duquesa de Portsmouth y la actriz Nelly Gwynn, amén de otras muchas de categoría inferior; pero todas ellas tenían la enemiga del pueblo, a excepción de la Gwynn, la cual gozaba de cierta popularidad y de mucho ingenio. Cuenta un cronista que un día en que la actriz atravesaba las calles de Oxford en su carroza, el público creyó reconocer a una de las favoritas aristocráticas del rey, por lo que empezó a dirigirla los más graves insultos. Nelly entonces mandó parar el vehículo, y, asomándose a una ventanilla, se encaró con la multitud diciendo: "Yo os suplico, buenas gentes, que os calméis, porque yo soy la favorita protestante", con lo que los clamores se calmaron y el pueblo la dejó marchar tranquilamente.

El mismo historiador cuenta que el rey tuvo dos hijos con cada una de sus queridas—hay que tener presente que en Inglaterra fué donde se inició el movimiento del "birth-control"—, convencido el monarca de que no era humano cargar a una mujer sola con más descendencia. Y como el número de queridas que tuvo fué muy grande, no cabe duda que las arcas del Tesoro hubieron de sufrir las consecuencias de la prodigalidad del rey.

Le sucedió Jacobo II, su hermano, el cual le superó en escándalos y, sobre todo, en crueldades, siendo prueba de ello su afirmación de que las mujeres no merecían mejor trato que el que las monas recibían de los machos durante la época del celo.

Un interesante personaje de la corte de Jacobo II fué el caballero de Grammont, de origen francés, cuyas aventuras galantes fueron proverbiales. Era gran amigo del rey, y juntos organizaban toda suerte de orgías que tenían el mejor eco en aquella corte corrompida y entregada de lleno a toda clase de placeres.

Otro magnate de la corte, íntimo amigo también de los anteriores, fué Wilmot, una de las más interesantes figuras de la Restauración, que alcanzó gran celebridad por sus innumerables aventuras amorosas con mujeres de todas las clases sociales. Este hombre escribió varias piezas teatrales alusivas a la vida homosexual de la corte de Carlos II, en las que hacía la más cruda alusión a todas las perversiones sexuales. Del mismo modo, no había enfermedad sexual o trastorno en el mismo sentido que no fuese aludido en las obras de Wilmot.

Pero aunque puedan parecer exageradas las descripciones que hace en sus libros, Macaulay dice: «Este desenfreno frenético, consecuencia lógica de una austeridad contraria a la naturaleza, y esta depravación en las costumbres, daban ocasión a que en el ánimo de aquellos magnates naciese el mayor desprecio hacia el sexo femenino. Entonces era del mejor tono rendir el homenaje más brutal a la belleza de las mujeres, aunque el deseo que inspiraban sus cuerpos nunca daba lugar a un afecto más profundo." La filosofía de la época estaba inspirada en este realismo verdaderamente grosero. Esta concepción materialista fué sostenida por escritores de fama, los cuales afirmaban que en la vida no había plareces más dignos de ser disfrutados que aquellos que se referían a la satisfacción de los sentidos.

Los monarcas eran los árbitros de la sensualidad de la época, y hubo un momento en que la mujer no era más que una simple mercancía con la que estaban permitidas toda clase de transacciones. En las mismas conversaciones de aquella sociedad elegante, no se tenía el menor recato delante de las mujeres, y aún no tenía nada de particular que el rey o cualquier cortesano hiciesen negocios de compra-venta de cualquier dama sin ocultarse de ella.

Se dice que las mujeres no atendían para nada a sus estados especiales, y hasta en muchas ocasiones hubo que interrumpir un baile de corte para que una dama diese a luz con tranquilidad en el mismo salón de fiestas. Se dice que, en una ocasión, el rey guardó en su gabinete durante una semana el cadáver de un recién nacido muerto de una dama de la corte, haciéndole disecar con el fin de gastar ciertas bromas del gusto más brutal y macabro a unas señoras de su amistad.

Hasta fines del siglo XVIII, las costumbres de la corte de Inglaterra continuaron desenvolviéndose en ese ambiente de grosería y brutalidad características de los reinados de Carlos II y de Jacobo II, durante los cuales la separación de castas alcanzó formas inusitadas, hasta el extremo de que los nobles podían incluso violar a las niñas, sin que los padres tuvieran derecho a significar la más ligera protesta.

Al cabo de algún tiempo, las relaciones más frecuentes de Inglaterra con Francia elegantizaron un tanto los usos cortesanos. En 1765 se fundó una asociación de aristócratas, cuyo objeto principal consistía en aprender a vivir en sociedad. Se organizaban bailes de máscaras y banquetes; pero, a pesar del carácter académico que quería darse a aquellas reuniones, el rey y los cortesanos siguieron entregados a sus desenfrenos, con la diferencia de que los gestos y las actitudes eran más elegantes. Hubo un burdel de esta naturaleza, cuya propietaria fué la señora Cornelys, vieja cortesana que había estado en la corte de Francia, y que fué denominada por los ingleses "reina del buen gusto y del placer". Esta mujer, que se hizo cargo de las necesidades de la época, mereció la atención de los cronistas, entre los cuales, Archencholtz, dice lo siguiente:

"Madame Cornelys empezó por alquilar un verdadero palacio, que hizo amueblar regiamente, y con un magnífico salón capaz para más de diez mil personas. Las reuniones consistían en conciertos, banquetes, bailes y mascaradas. Se fundó una sociedad en la que sólo podían ingresar los aristócratas y artistas más destacados, y, al cabo de poco tiempo, ya había cerca de tres mil socios. La cuota de asistencia a cada baile era de diez guineas, cantidad importante en aquella época. Estas fiestas eran incomparables. Tenían lugar en los magníficos salones, y a veces se convertía a éstos en bellísimos jardines, que daban la sensación del aire libre, aunque había buena calefacción. Toda una serie de habitaciones estaban decoradas a la oriental, en un estilo, persa, indio o chino."

No obstante, la sociedad inglesa, a la que en la actualidad se considera como modelo de elegancia y formas corteses, empezó su aprendizaje en el terreno de las más tremendas inmoralidades que conocieron los tiempos, si bien sus orgías se celebraban en privado, es decir, completamente ocultas a los ojos del pueblo, pues incluso la servidumbre estaba seleccionada por su discreción y reserva.

Muchas mujeres se presentaban en los bailes completamente desnudas o disfrazadas a la moda de los primeros habitantes de la tierra. Algunas de ellas alcanzaron gran celebridad por su hermosura y la belleza de sus formas, pudiendo decirse que la que acudía vestida a aquellas fiestas, es porque bajo la ropa ocultaba algún defecto que no la convenía hacer visible.

La protesta de los verdaderos moralistas y de las rectas autoridades eclesiásticas cayeron en el vacío moral de aquella sociedad entregada de lleno al vicio y la lujuria. La nobleza se oponía rotundamente a privarse de sus placeres, y, como si aquella protesta razonable hubiese sido un señal, las gentes hicieron que sus vicios trascendieran fuera de los palacios. Coincidió esto con la entrada en la estación primaveral del año 1730, en cuya fecha los miembros del club de Madame Cornelys y los de otros semejantes, se desplazaron al campo, para seguir al aire libre sus desenfrenos sexuales.

Entre tanto, la palabra «amor» no tenía el menor significado entre aquellos magnates; no había más que el placer sexual, desprovisto en absoluto de realismo y reducido a las manifestaciones más groseras del instinto animal.

Este desenfreno no se limitó sólo al sexo masculino. Las mujeres hacían, como sus maridos, pública ostentación de los amantes, y nada se hacía en secreto. Mientras tanto, los hijos quedaban abandonados en el hogar a sus libres impulsos, por lo que los gérmenes de la decadencia estaban inoculados en la sociedad desde la infancia de sus individuos. No había perversión ni inmoralidad que no se practicase. La pornografía era la única literatura que hacía furor en la época, y el afán de las gentes de aquellos clubs estribaba en reproducir las escenas que veían descritas en los libros.

La misma Prensa diaria, que apenas era leída, tuvo que incluir en sus páginas este género tan poco periodístico, y así es como se hablaba con la mayor libertad de todos los escándalos sexuales, del adulterio, de la violación, de la bigamia y del incesto. Los Tribunales no tuvieron más remedio que intervenir; pero la Sociedad replicó, diciendo que, puesto que esos actos se consideraban punibles realizándolos en público, no había otro remedio que ejecutarlos en privado; lo cual constituye la esencia de la moral inglesa de entonces, resumen de la más descarada hipocresía, cuya finalidad esencial estribaba en ganarse los respetos del pueblo que no pudo enterarse de la realidad de la existencia de aquella Sociedad que se obstinaba en aparecer tan respetable.

Las damas de la aristocracia consideraban como un signo de elegancia el adulterio; pero lo que más revelaba su calidad aristocrática era el embarazo, sobre todo cuando el marido estaba ausente de largo tiempo, y no podía ser considerado como autor de aquel signo de suprema distinción.

Los maridos tampoco hacían gran aprecio de la honestidad de sus mujeres, y, cuando alguna alcanzaba cierta celebridad por sus escándalos, el marido vendía sus declaraciones a los periodistas, a

los cuales facilitaba toda clase de detalles de la vida íntima de la adúltera.

Del mismo modo, los procesos de divorcio eran espectáculos que interesaban tanto a los nobles, que los lugares de la sala del Tribunal eran pagados a muy altos precios. Las mujeres no tenían inconveniente en exponer con el máximo lujo de detalles la conducta sexual de su marido, sin omitir la narración de los momentos más íntimos, por lo que aquellos juicios no eran más que reuniones en las que se podían escuchar las historias más pornográficas.

Al propio tiempo, la prostitución alcanzó un desarrollo que no tuvo igual en ningún tiempo pasado. En el siglo XVI, sólo en el barrio de Marylebone, situado al Oeste de Londres, había 1.700 casas de prostitución, con cerca de 15.000 pensionistas.

Pero en esta cifra no estaban incluídas las mujeres galantes de alto bordo para el uso exclusivo de los magnates. Archencholtz habla de la Bellamy, Kitty Fischer y de Fanny Murray, las queridas de los príncipes, ministros y generales más destacados de la época.

El precio de los favores de estas verdaderas personalidades femeninas alcanzaba cifras fabulosas. Kitty Fischer cobraba, en el siglo XVIII, la respetable suma de cien libras esterlinas por noche, cerca de cuatro mil al cambio actual, y no menos de dos mil quinientas en aquellos tiempos. Se cuenta que, en una ocasión, el duque de York, hermano del rey, pasó una noche con la Fischer, y, al abandonar la alcoba, la dejó cincuenta libras, que es todo el dinero que llevaba encima. Esto disgustó a la cortesana, que en adelante se negó a recibir al hermano del rey. Se dice también que, para vengarse de este ultraje hecho a sus encantos y a su precio, hizo que la confeccionasen un pastel que se comió en el desayuno.

La más célebre de las cortesanas inglesas fué lady Hamilton, que floreció en la segunda mitad del siglo XVIII. Su primer amante fué un capitán, y después de pasar por los brazos de otros personajes de más relieve, se lió con el célebre lord Nelson, del que no se separó hasta que no fué muerto en la batalla de Trafalgar.

Las mansiones verdaderamente señoriales que ocupaban estas prostitutas eran el centro de reunión de los magnates más encumbrados, que en tan agradable compañía se ocupaban de los asuntos de gobierno del país. En algunos de estos burdeles había siempre numerosas jóvenes, niñas casi siempre, que satisfacían la verdadera manía de la desfloración que, de siempre, fué una de las principales características de la sexualidad de los aristócratas ingleses.

Los clubs de desnudistas empezaron a desarrollar sus actividades a mediados del siglo XVIII y aún continúa su progreso. En estos clubs, frecuentados sólo por las mujeres de la mejor sociedad y los hombres más distinguidos, tenían lugar las escenas más bizarras de homosexualidad que pueden imaginarse, al estilo de las sociedades que por la misma época crearon las lesbianas francesas. Todas las perversiones tenían su representación en las distracciones de estas gentes, contra las que nada pudieron las autoridades ni la opinión escandalizada ante tantos desenfrenos. (Lámina III.)

La aristocracia inglesa se entregó a las perversiones sexuales con tal ardor, que hasta los periódicos anunciaban las casas especializadas en la administración de estos placeres. En el año 1800 funcionaron con regularidad varios burdeles de esta clase y hasta una escuela en la que se enseñaba a los alumnos a servirse con aprovechamiento de todos los instrumentos de flagelación conocidos. Una de las escuelas más célebres de esta clase estaba dirigida por una tal miss Collet, la cual tuvo el honor de recibir la visita del rey Jorge IV, a cuyos reales oídos habían llegado las noticias de los excepcionales placeres que allí podían experimentarse.

Pero la más célebre de todas aquellas mansiones de los placeres contra natura fué, sin duda alguna, la de Teresa Berkley, a cuyo ingenio se debe la invención del famoso «Caballo Berkley», aparato destinado a las prácticas masoquistas, suprema especialidad de los ingleses, que en estas cuestiones no reparan en procedimientos con tal de lograr sus extravagantes satisfacciones eróticas.

Este curioso aparato estaba formado por la imitación en madera de un caballo provisto de ciertos orificios para la cabeza y los órganos sexuales, cuyos mecanismos masturbadores y de flagelación se ponían en funcionamiento accionando las piernas.

Este aparato extraño alcanzó gran apogeo entre los aristócratas británicos, hasta el punto de que cuando murió su inventora, que había empezado el negocio de la fabricación con unos chelines, dejó una fortuna de más de diez mil libras esterlinas.

Las perversiones sexuales algolágnicas han sido practicadas en Inglaterra en todo tiempo, especialmente por las gentes de más elevada posición social. En los tiempos de Carlos I, los magnates del reino iban en masa a la ciudad donde iba a tener lugar una ejecución capital, con el fin de presenciar el espectáculo. Estas escenas macabras iban seguidas de verdaderas orgías eróticas, pues las mujeres

no mostraban menos interés que los hombres ni se excitaban menos con la visión de tan horribles hechos. (Lámina IV.)

En el siglo XIX, los ingleses no habían cambiado de gustos. Muchos escritores de la época hacen referencia en sus obras a estos bárbaros espectáculos. Schlesinger escribe lo siguiente acerca del placer morboso que a los magnates ingleses producían los espectáculos de decapitación y ahorcamiento de los infelices, que muchas veces eran víctimas de la lujuria pública y no reos de la justicia verdadera.

"Las ventanas de las mansiones vecinas—dice—se alquilaban a precio de oro. Se instalaban puestos de observación consistentes en quioscos, en los que se vendían alimentos y bebidas. La cerveza y el aguardiente alcanzaban en estas ocasiones precios fabulosos. Se llegaba desde los puntos más alejados, a pie, a caballo, en coche o como se pudiera, con tal de poder asistir a estos espectáculos ignominiosos, y, en primer lugar, no sólo se situaban las mujeres de la clase pobre, sino también criaturas rubias, finas y delicadas. ¡Esto es vergonzoso, pero es verdad!"

Las plazas donde tenían lugar las ejecuciones tomaban más bien el aspecto de ferias que el de sitios destinados a la aplicación austera de la justicia. Se habla de un aristócrata inglés llamado Jorge Selwyn, el cual iba siempre a presenciar las ejecuciones a los sitios más alejados de su residencia. Tenía gran amistad con muchos verdugos, y, cuando fué ejecutado en París Damiens, por atentar contra la vida de Luis XV, Selwyn fué desde Londres a la capital de Francia, gratificando espléndidamente al verdugo para que le permitiera presenciar de cerca el horrible espectáculo.

Héctor France cita el caso de un barón inglés que, a la vista de un ahorcado, experimentaba tal placer, que, valiéndose de dinero, consiguió ayudar a un verdugo en la macabra tarea de despachar a trece criminales condenados a la última pena. Agrega el autor que esta circunstancia no le hizo desmerecer ante el criterio de sus amistades, por lo que siguió frecuentando los círculos aristocráticos a que pertenecía.

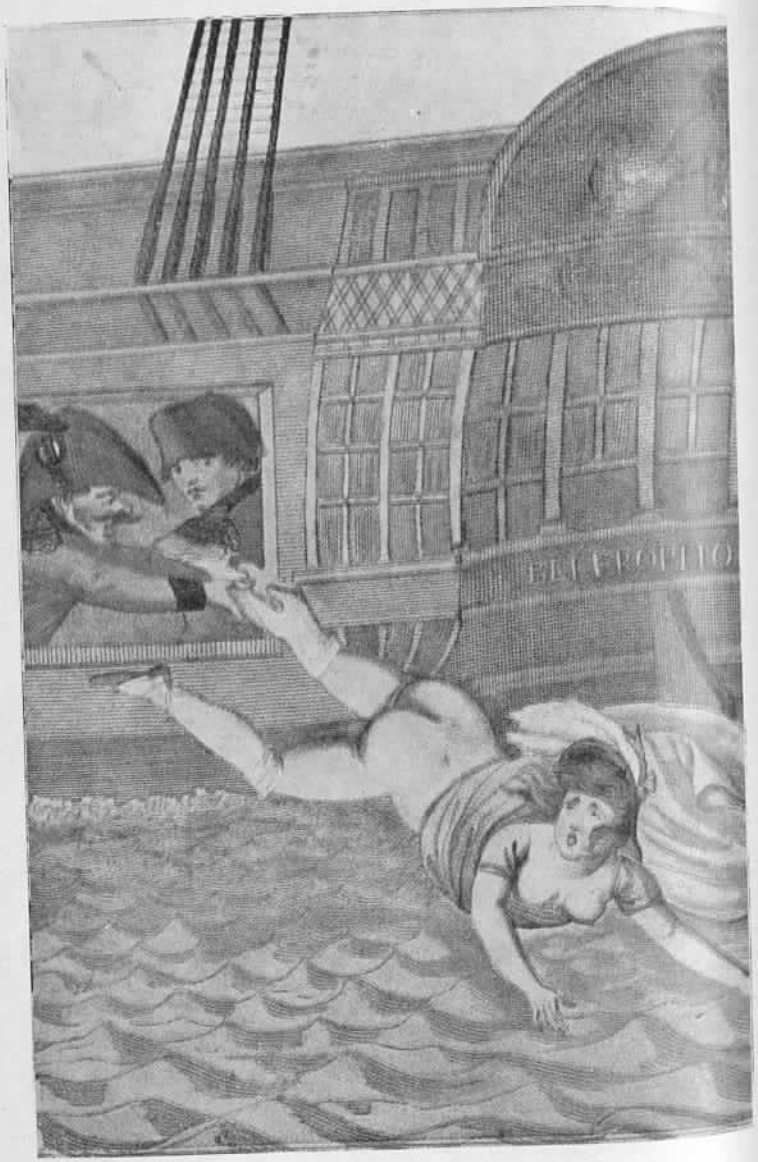
De algunas personas de la familia real de Inglaterra se han referido casos verdaderamente terribles, lo mismo que de muchos aristócratas y altos jefes militares que marcharon a las colonias con el pretexto oficial de servir a la patria, cuando, en realidad, no hacían otra cosa sino satisfacer los instintos más oscuros.



NAPOLEON BONAPARTE

Según el retratista, el bandido corso fué así; pero otros historiadores aseguran que presentaba todos los rasgos degenerativos de su estirpe, bastante oscura.

LAMINA V



NAPOLEON Y MADAME BERTRAND

Esta caricatura satírica de la época alude al sadismo de Napoleón Bonaparte, el cual gustaba de martirizar a sus amantes, por experimentar en ello el placer de su instinto cruel.

LAMINA VI

El pueblo anglosajón se ha caracterizado siempre por su afición a la sangre, por lo que puede decirse que un Jack "el Destripador" y un «Vampiro de Dusseldorff», no podían haber nacido en otros países que no fuesen Inglaterra y Alemania.

En el resto de Europa, como Italia y España, también los monarcas y los nobles hicieron cuanto pudieron por los caminos más extraviados de la sexualidad, dando lugar a escándalos que la Historia ha procurado velar en sus páginas, pero que nosotros estudiaremos en un apéndice titulado "La vida sexual de los magnates latinos".

LA VIDA SEXUAL DE LOS BONAPARTE

La madre de Bonaparte y su marido.—Orígenes de la estirpe.—Quién era la Ramolino.—Pascual Paoli, padre de Napoleón.—Madre a los once años y desflorada a los diez.—La mujer, el marido y el amante.—La infancia de Napoleón.—Masturbador y homosexual. — Su sadismo sanguinario.—La excitación de las batallas.—Su degeneración.—Luciano y Jerónimo.—José, rey de España.—Los esfuerzos de los historiadores.

Si los médicos psicosexólogos tuviesen asignada la misión de reconocer a los políticos como hace el médico general con los reclutas, Napoleón Bonaparte no hubiera llegado a ser uno de los bandidos más geniales que ha padecido la Humanidad. Napoleón Bonaparte, como toda su familia, fué un degenerado, no sólo desde el punto de vista de su vida sexual, sino desde otros muchos dignos de la atención del neurólogo o del psiquíatra. Era un gran sádico sanguinario, megalómano, masturbador, homosexual activo y, por si esto fuera poco, hijo de un alcohólico y de Leticia Ramonino, bellísima mujer que tuvo más amantes que hijos, y eso que éstos fueron bastante numerosos.

Los padres de Napoleón fueron Carlos Paravicini, que más tarde quiso apellidarse Bonaparte, y María Leticia, de la que se dice que no tuvo padre conocido, y que, al cabo de algunos años, se adjudicó el apellido de Ramonino. Cuando contrajeron matrimonio, ella contaba trece años y él dieciséis, asegurándose que antes del matrimonio ya tuvo un hijo.

Aseguran algunos historiadores que los padres de Napoleón fueron nobles sin fortuna. Lo de la nobleza aparece bastante oscuro, puesto que ni siquiera se tienen noticias de la partida de nacimiento de Carlos. Se sabe, sí, según Lombroso, que era un hombre muy dado a las diversiones de todo género, poco serio, juerguista, muje-

riego, bebedor y pendenciero, "embrollón e intrigante y como si careciera en absoluto de sentido moral".

Ella tampoco tenía partida de nacimiento; era sobrina de un canónigo, que, al casarse, la dotó con unas fincas por valor de cerca de ocho mil libras, fortuna bastante regular en aquella época. Se dice que era un mujer bellísima, lo que en sus pensamientos incestuosos reconoció muchas veces Napoleón, el cual solía decir de su madre que era muy hermosa, como única demostración de amor filial.

Leticia no tenía ni cultura ni educación, y se asegura que ni honor tampoco, incluso algunos años antes de su matrimonio. Napoleón tuvo el cuidado de hacer desaparecer actas de matrimonio, de nacimiento y cuantos documentos pudieran existir en los Registros civiles de las ciudades en que habían vivido sus antecesores. Cuando algunos historiadores se obstinaron en investigar los orígenes de la familia del emperador, con el fin de adularle, él mismo se encaró con los investigadores diciéndoles que su estirpe empezaba el 9 de noviembre de 1799, es decir, cuando ya su personalidad empezaba a afirmarse en la historia del mundo.

La madre del gran bandido—Córcega, como es sabido, dió siempre la peor gentuza: el célebre Spada ha sido el último—dice en sus Memorias todo esto: «Me casé cuando tenía trece años... ; fuí viuda a los treinta y dos... En diecinueve años de matrimonio tuve trece hijos" Uno de sus hijos, Luciano, escribe: "Quedóse viuda a los treinta y dos años, y desde entonces halló en José el apoyo que necesitaba, igual que nosotros. Ella le tuvo cuando casi no contaba trece años, y fué su segundo hijo, pues le precedió una niña, muerta a los pocos días: fecundidad precoz y muy rara, aun en Córcega, donde las mujeres llegan pronto a la maternidad."

Algunos historiadores que quieren salvar el honor de la familia Bonaparte, estiman que Luciano no estaba en lo cierto; pero como quiera que el testimonio del propio hijo debe inspirar más confianza que el de los aduladodres de la familia imperial, resulta que la joven Leticia dió a luz por primera vez antes de cumplir los once años, por lo que no hay inconveniente en afirmar que a los diez años de edad ya sabía la criaturita algo más que jugar con las muñecas y saltar a la comba con las amiguitas.

El iniciador de la niña y padre de José Bonaparte, el célebre *Pepe Botella*, que reinó en España, fué Pascual Paoli, un militarote a quien agradó la pequeña Leticia. Después fué su amante durante

unos años y, por fin, la casó con Carlos, el cual aspiraba a cierto cargo político en Córcega, que no tardó en serle concedido por Paoli, el cual dió albergue en su propio palacio a los recién casados, con la particularidad de que el esposo tenía necesidad de hacer frecuentes viajes de cierta duración, sistema fácil para que Leticia pudiera saborear la pasión que sentía por el protector de su marido.

Pero no fué éste un vulgar caso de adulterio; si hemos de creer a los historiadores imparciales, se trataba de un *menage a trois*, que vivía lo más felizmente posible en el palacete que en la ciudad de Corte poseía el tal Paoli. Acerca de este episodio, dice Augusto Vivero: "A Corte se van, pues, la damita desenfadada, que "no conoce las conveniencias", y el marido "poco escrupuloso", que conoce lo que le conviene. Leticia, con las suaves amplitudes que la maternidad otorga, muéstrase aún más guapa y apetecible que en 1764 (cuando la "conoció" Paoli), a lo que también concurren un mayor conocimiento y dominio de los amores y la libre suelta de sus ansias neuropáticas. Es hermosa, muy hermosa, con aquel perfil antiguo y cesáreo; pero lo es porque induce a rememorar las emperatrices de la vieja Roma; lo que da a su hermosura un como misterio trágico, indefinible, del que no cabe desviar la mirada; lo que impuso a Canova infundir aquellas facciones a su Agripina, madre de Nerón, es el prognatismo, la nariz recta y larga, el aplastamiento lateral del rostro."

Paoli la tuvo como a una querida a la que se ama y se quiere hacer destacar del resto de las mujeres. Ella, que, por lo que se dice, era sensual y ardiente, aceptaba todos estos homenajes con altivez de reina, como si el militar no hiciese otra cosa que cumplir con una obligación. El general Paoli, que había confiscado bienes a la Iglesia y a Génova, regaló a la "pequeña esposa de su amigo", como quien obsequia a una niña con una caja de bombones, un palacio que había pertenecido a uno noble genovés que perdió la partida luchando contra el general.

El marido, que ocupa el cargo de secretario del general, no tiene gran interés en hacer que las cosas cambien, puesto que vive como nunca ha vivido, con buena casa, buena mesa, buen vino y buen dinero que se gasta alegremente con amigos y amigas, sobre todo bebiendo buen vino, que fué el vicio que le llevó a la tumba, y que seguramente adquirió de las enseñanzas de su protector, hombre que no hacía otra cosa sino amar y beber.

Cuatro años después de vivir en la mejor armonía la mujer, el

marido y el amante, vino al mundo el pequeño Napolione, en 7 de enero de 1768, del que dicen que se pareció desde muy niño al patriota corso, lo que no tiene nada de particular, si se tiene en cuenta, además, que Paoli fué un furibundo defensor de la independencia corsa y un guerrero infatigable. "Paoli explica a Napolione—dice Vivero—. Este nace con las virtudes y defectos de aquél, sin que falte ninguna ni se le agregue ninguno, aun cuando la evolución morfológica y las circunstancias externas compriman o desarrollen ventajas y defectos. En lo moral y material son copia incontrovertible. El hijo tiene la asombrosa resistencia física del padre, su memoria y el don de gentes, la doblez, fecundia y crueldad íntima, el guerrerismo y las aptitudes militares insignes, idénticas condiciones de gran psicólogo, gran corruptor, gran político y gran comediante. Es su Sosia, su "alter ego". Trasplantado desde su rincón de la Berbería europea a un medio ambiente propicio, será un Paoli centuplicado.

"Paoli—prosigue—posee elocuencia arrebatada y viril, y su vástago nace con el divino don de la oratoria. Comunes son en padre e hijo la sobriedad, el sentir supersticioso, el espíritu de venganza, la raposería, la formidable aplicación a sus intereses. En todo, instintos comunes los empujan por trayectorias análogas. Paoli es corso y antifrancés; Napolione será antifrancés y corso. Napoleón es un Paoli traducido al francés."

Napoleón Bonaparte no era, pues, hijo de... su padre responsable. Pero lo era, indudablemente, de una ajacciana bella, alegre, sensual y casi ninfomaníaca. De tales progenitores, ¿qué había de nacer?...

Cuando Bonaparte ingresó en la Escuela militar de Brienne, fué gracias a las influencias de Marboeuf, amante a la sazón de su madre. El niño se distinguió entre sus condiscípulos por sus aficiones masturbadoras, primero. y después por sus aficiones homosexuales. No tenía diez años cuando fué castigado por primera vez: se le sorprendió en el más íntimo coloquio con un compañero de su edad.

Dice un historiador que el futuro emperador de Francia presentaba todos los estigmas característicos de los masturbadores, especialmente la misantropía, la irritabilidad, la falta de inclinaciones afectivas, etc. En este ambiente se desarrolló la criatura, hasta que ocupó los más altos puestos en el Ejército.

Entonces abandonó sus antiguas perversiones, y empezaron a

gustarle las mujeres, no como inspiradoras de emociones espirituales, sino como meros instrumentos de lujuria.

Todo el despotismo de su carácter en la política, se traducía en violencia en sus relaciones sexuales. Cuando se fijaba en una mujer, no le importaba nada ni su virtud, ni su categoría, ni su estado; ordenaba imperiosamente a sus ayudantes especiales que le llevasen a su presencia a la mujer elegida, a la cual hacía objeto de su lujuria incontenible. Su misma primer esposa, Josefina de Beauharnais, decía de él que gustaba de practicar las aberraciones más raras y las perversiones más brutales, sin que sirvieran de nada los ruegos y súplicas de la emperatriz, que no tenía más remedio que someterse a la lubricidad desatada del ardiente corso, el cual sólo muy raras veces practicaba el acto sexual por los procedimientos normales.

Durante sus estancias en Córcega, cuando aún era oficial solamente, no hubo moza de partido a la que no cortejase con la intención más aviesa. Algunas se le rendían, no por su figura esmirriada ni por sus atractivos personales, sino porque, siendo protegido de Marboeuf, tenía influencias para facilitar destinos y empleos, circunstancia que aprovechaban las jóvenes corsas para favorecer a sus padres y hermanos, ya que la moralidad de los indígenas de la isla no rezaba para nada con estas cuestiones que han servido de eje a toda la moral europea.

Pero la decepción que sufrían las conquistadas por Napoleón era bastante grande; estas zafias mujeres, poco limpias moralmente y muy desaseadas de cuerpo, no comprendían que el joven oficial pudiera satisfacer sus impulsos practicando aquellas asquerosidades que ellas veían hacer, y no sin repugnancia, a los perros.

En París, frecuentaba los prostíbulos de toda laya, caros y baratos, ejercitando siempre sus aficiones especiales. En una ocasión golpeó a una prostituta porque se oponía a sus deseos, y, como la hiciese sangre, sufrió una excitación tan grande, que se tradujo en un ataque epiléptico.

Esta afición a la sangre explica, en gran parte, el amor a las batallas que siempre tuvo el bandido corso. En el fragor de los combates, no reparaba en las balas ni tenía noción del riesgo que podía correr la vida de su degenerada persona. Le entusiasmaban los espectáculos sangrientos, y, cuando llegaba al colmo de la excitación, hacía que le llevasen a su tienda de campaña una mujer cualquiera

en la que poder desahogar su espantosa y sanguinaria lujuria, la más terrible manifestación de su sadismo.

Esta solución era tan frecuente en el temperamento del emperador, que sus ayudantes tenían el cuidado de buscar algunas jóvenes para tenerlas preparadas en el momento en que Napoleón experimentase la imperiosa necesidad de satisfacer sus deseos.

Encontraba verdadero placer en hacer sufrir a las mujeres, a los hombres e incluso a los animales, y el espectáculo de la muerte no le impresionaba lo más mínimo. En la infortunada campaña de Rusia, como los defensores hubieran volado un puente sobre un barranco, imposibilitando así el paso de las huestes napoleónicas, un general le dijo que era imposible salvar el barranco, especialmente para las piezas de artillería.

Entonces Napoleón solucionó el conflicto diciendo: "Que llenen el barranco de cadáveres, y si no hay bastantes, rematar a los heridos". El barranco se llenó de cadáveres, y el emperador pasó por encima de aquel puente macabro.

Los retratos hechos por los aduladores no reflejan exactamente la personalidad del corso, calvo prematuramente a causa de la sífilis, encorvado, pequeño y con una cabezota que apenas podían sostener sus piernas débiles de raquítico. Uno de los retratos más inexactos, pero el más reproducido, es el debido a los pinceles de Paúl Delaroche, que reproducimos nada más que por su celebridad. (Lámina V.)

En todas las caricaturas se ridiculiza al emperador, presentándole como un tipo bajo, rechoncho, pálido e inexpresivo, siempre encorvado y con la mano derecha introducida por la abertura de la guerrera, lo que le hacía estar siempre enconvado. Hay quien asegura que este ademán del emperador obedecía al hecho de querer ocultar la disposición anatómica de la columna vertebral, combada por un estigma degenerativo, o bien por el reblandecimiento medular motivado por la excesiva masturbación a que se entregó durante toda su vida.

Hemos visto algunas caricaturas en las que se critican sus instintos sádicos de gran perversidad, siendo una de las más interesantes la que se refiere a su *liaison* con la suculenta esposa del general Bertrand, a la que hizo arrojar al agua por la borda de un navío. (Lámina VI.)

Todos los hermanos del emperador, varones y hembras, heredaron el temperamento lúbrico de Leticia y de cada uno de sus amantes. Luciano Bonaparte logró reunir un verdadero serrallo en el que invertía sumas considerables. No salía de estos burdeles, y, cuando estuvo cansado de gastar dinero y energías, repartió las queridas entre sus amigos, con la misma naturalidad que se distribuyen cigarrillos. Luego se entregó en los brazos de madame Jouberthon, con la cual paseaba por las calles de París, llevándola a todas partes como si se tratase de su esposa legítima.

Jerónimo Bonaparte, el rey de Westfalia, se hizo instalar un harén en Cassel, rodeándose de numerosos médicos que no tenían otra misión que la de prepararle afrodisíacos para combatir su creciente impotencia, resultado natural de los desenfrenos de su vida sexual. Se cuenta de Jerónimo que era un hombre excesivamente económico, y más que económico, miserable. Los médicos le prescribieron un tratamiento a base de baños en vino rancio, que tomaba con regularidad, y después hacía embotellar el líquido que vendía a un tabernero de la ciudad, el cual no ignoraba el uso a que antes se había destinado la bebida.

Ya hemos hablado de su hermana Paulina Bonaparte, de la que se dice que eclipsó las hazañas eróticas de Mesalina.

José, aquel borrachín que fué rey de España, era otro degenerado que no podía desmentir la estirpe. Bajo los efectos de las borracheras verdaderamente épicas que cogía, le daba por hacer versos y por amar a la servidumbre, sin distinción de sexos ni edades. Por otra parte, era un débil sexual, incapaz de cumplir con sus deberes de hombre, a no ser que estuviese "a medios pelos", porque, si llegaba hasta la embriaguez completa, quedaba reducido a la impotencia más absoluta.

Durante los tres años que estuvo en España, hizo todo lo posible por no ocultar ninguno de los caracteres degenerativos de su casta, lo que le valió muchas reprimendas de su hermano, el cual quería justicia, pero no por su casa.

Todos los miembros de la familia napoleónica, en resumen, fueron grandes pervertidos sexuales en todos los aspectos de la psicopatía, siendo agravadas estas perversiones por el alcohol, del que toda la familia hizo uso inmoderado.

Durante el Segundo Imperio, bajo el dominio de Napoleón III, las costumbres de la corte eran las mismas que de tanto tiempo se venían observando. No obstante, este Bonaparte procuró moralizar los usos cortesanos, pero sin poder desterrar por completo los frutos vertidos por sus antecesores, en lo que no anduvieron a la zaga

los favoritos, tales como los generales Junot, Murat y otros, compañeros de orgías del primer Napoleón.

En toda la familia Bonaparte puede seguirse con magnífica exposición de razones el proceso de la degeneración de una estirpe. Los historiadores han tendido siempre a velar los sucesos más escandalosos, pero la Historia, más imparcial, no ha dejado de ser indiscreta en muchos aspectos.

Así se habla de los apuros que pasó el emperador para poder procurarse un árbol genealógico, cuyas raíces se perdían en los misterios de la existencia de sus antepasados, empezando por la de su madre, cuya paternidad no es posible precisar con certeza.

La misma confusión se nota en lo que se refiere a la fecha de nacimiento de Napoleón, del que se dice que «nació dos veces», ya que no convenía a la historia de Francia que subsistiesen esos puntos oscuros de la vida del hombre más grande que ha regido sus destinos. El interés de borrar todo rastro de las relaciones de Paoli con Leticia, sitúa a todos los actores de esta comedia sexual fuera de su tiempo, lo que da lugar a complicar más y más el embrollo de la estirpe. Todos estos trabajos se acometieron por orden imperial, y en virtud de ello se procedió a la destrucción de cuantos documentos pudieran evidenciar la verdad de todo el lío.

Con el fin de descargar a Napoleón de sus antecedentes hereditarios, se procedió incluso a practicar la autopsia del cadáver del marido de su madre, el alcohólico Carlos. Pero aun en este documento se escribieron numerosas inexactitudes y barbaridades científicas que suscribieron con su firma los doctores Bousquet y Fabre. Se dijo que había muerto de un cáncer del estómago y de «vómito hereditario", barbaridad que no puede admitirse ni en un dictamen emitido por curanderos. Se procuró que asistiesen a la diligencia, completamente innecesaria, puesto que no falleció por causas violentas, varios testigos indoctos, como algunos militares, que en aquella época era de lo más inculto de todas las clases sociales.

El informe de los forenses dice así: «Hallóse las vísceras del bajo vientre en bastante buen estado, con excepción del estómago, que henchía el líquido tomado por el enfermo. El orificio inferior de esta víscera formaba un tumor como del ancho y volumen de regia patata o pera de invierno, alargada (¡ !), muy resistente y semicartilaginosa. Hacia el comedio de la curvatura mayor mostrábanse las túnicas del estómago muy densas, firmísimas y cercanas al cartílago, etc.». Y añaden: «Aunque dijimos hallarse en estado natural todas las vísceras del bajo vientre, menos el estómago, reconocemos haber encontrado ahíta la parte cóncava del hígado», etcétera. Todo esto se hizo para ocultar cuanto pudiera considerarse deshonroso para el supuesto padre del emperador, cuyo cadáver fué destrozado inútilmente, cuando lo correcto hubiera sido abrir al *signore* Pascual Paoli, el verdadero iniciador de aquella estirpe de locos, criminales y degenerados.

HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO

La moral de ayer y de hoy.—Los magnates son propensos a las perversiones sexuales.—Los perversos ingleses.—La manía de la desfloración.—Virginidades a cinco libras.—El masoquismo del político americano.—El placer de la suciedad.—Rasputin. — La secta de los «khlistovsko».—Sus ceremonias místicoeróticas.—El placer de pecar.—El sadismo de Nicolás II.—Las amantes de Rasputin.—La Wiroubowa.

Para tener noticias claras de los extravíos sexuales de los personajes más o menos célebres, hace falta, ante todo, cierta perspectiva histórica. A pesar de que la moral y la sexualidad van siempre unidas, hasta el punto de no concebirse que pueda ser moral el individuo que hace de su sexo lo que le acomode. Pero esa misma moral es lo que impide a las conciencias contemporáneas del sujeto sacar a relucir los defectos y vicios de un personaje cualquiera, porque, a pesar de todo, cuanto afecta a la sexualidad pertenece a la esfera de lo más íntimo, de lo más sagrado, y, a la inversa, de lo más sugestivo y escandaloso a la vez.

Aquellos que atacaron, por ejemplo, a Oscar Wilde, hasta reducirlo a la nada, lo hicieron desde el elevado sitial de la aristocracia, de la hipocresía y de la mojigatería. Si el escritor hubiera sido, además, un aristócrata, el elemento congénito de su inversión no hubiera pasado de ser una genialidad, un signo de distinción, una manera elegante de vivir.

Por otra parte, cuando se desempolvan los huesos de un personaje en este sentido, no es sólo la anormalidad de su vida privada el motivo neto de la crítica, sino que tal aspecto suele ir aparejado con más desórdenes de su actuación pública, generalmente inmorales e indignos no sólo de un buen gobernante, sino de un buen hombre.

El ánimo popular no repara en los desórdenes domésticos de los

personajes mientras sus actos de gobierno no atenten contra el bienestar público ; pero si el regidor se capta las antipatías ciudadanas, ese mismo espíritu, animado siempre de un instinto rectilíneo, pierde el poco respeto que aún es capaz de inspirar el soberano, y entonces no vacila en atacarle en aquel punto que más susceptible resulta de impresionar a la mesa, como es la inmoralidad que apenas si se comprende aislada por completo de las manifestaciones anómalas de la sexualidad.

Está demostrado que los reyes, los aristócratas, los magnates, en suma, tienen una propensión especial hacia las perversiones sexuales. Puede asegurarse que aun en el caso de que se trate de individuos violentamente exaltados al poder y sin antecedentes anormales importantes, el ambiente en que se desenvuelven, pletórico de facilidades para el logro de todas las aspiraciones de los instintos, es un terreno pródigamente abonado para que en él se desarrollen las expresiones animales más contrarias a la etiqueta. Muchos pervertidos sexuales llegan a ese extremo en virtud del hastío producido por la práctica de lo normal, sin duda porque también el deseo de variación sexual se siente fuertemente estimulado por las condiciones favorables de la existencia más cómoda.

El mejor aliado de la sexualidad es el ocio, cuando es posible la complacencia de todas las necesidades naturales del organismo. El rico come bien, bebe mejor y descansa cuanto quiere del enorme trabajo de no hacer nada. En estas condiciones, no hay castidad posible ni siquiera abstinencia sincera. Y si tenemos en cuenta que la inmensa mayoría de los magnates que tienen resuelto el problema económico están animados, como todos los hombres, por unos instintos que apenas si permite velar o encubrir la cultura, no cabe duda que el sexual, el más fuerte de todos, llega a expresarse con toda su potencia y con la máxima libertad, ya que la posición social por un lado y el factor económico por otro, representan los elementos más poderosos para vencer las mayores resistencias y las virtudes más rígidas.

Esto ha ocurrido en todo tiempo, y seguramente a todos los hombres que se encontraron en las circunstancias apuntadas. Mas si en unos resulta más visible que en otros, es porque la cultura, la propia estimación o como queramos decir, fueron la principal barrera opuesta a los impulsos naturales que quedaron subordinados a aquellas condiciones puramente sociales.

Los hombres de nuestro tiempo no son por eso más santos que

los de las centurias pasadas. Lo que ocurre es que al estar su poder más repartido y ser menos absolutista que entonces, no tienen otro remedio que conservar la línea moral, aunque no sea más que en apariencia, para poder vivir con ese decoro que no parece incompatible con las licencias del instinto que sólo deben manifestarse en medio del mayor y más denso sigilo.

A medida que la cultura aumenta, la naturalidad disminuye y la hipocresía es mayor ; esto es axiomático o debiera serlo. Al mismo tiempo, como resulta que los prejuicios disminuyen y los frenos morales son menos poderosos, y, sobre todo, las cuestiones sexuales no se miran a través del criterio ascético de los mejores tiempos del cristianismo, sucede que si los cronistas y biógrafos de las celebridades se escandalizaban ante lo que pudiéramos llamar actos naturales, hoy no sucede lo mismo, y por ello son los hechos menos vulgares lo que interesa a la opinión, porque, a pesar de todo, la atmósfera está bastante saturada de realismo y de naturalidad.

Por esta razón es por lo que las intimidades de muchos personajes contemporáneos, que de haber vivido en otras épocas hubieran servido de motivo de escándalo a las gentes más timoratas, pasan desapercibidas y no tienen importancia. Mas en virtud de ello, cabe decir que hoy, para que el río suene, es decir, para que se oiga correr, es necesario que lleve en su cauce mucha agua...

El absolutismo de los graves señores medievales y renacentistas que imponían sus fueros sin más razones que la fuerza, dió lugar a que todas las intimidades de alcoba trascendiesen al pueblo, que casi siempre solía ser la víctima de tales desmanes. Hoy las cosas se hacen con más recato que entonces, no porque la moral sea mayor, sino porque la época impone el *cachet* de la elegancia en los actos más brutales, con el afán hipócrita de restarles brutalidad.

Inglaterra soportó las costumbres de la medievalidad hasta bien entrado el siglo actual, en lo que se refiere a la compra de mujeres, que sólo valían unos chelines y unas botellas de cerveza. Este sistema de compra era el empleado por las clases inferiores de la sociedad, ya que las castas superiores disponían de otros procedimientos para procurarse los manjares del placer. Pero esto ha sucedido siempre y sigue ocurriendo en nuestros días relacionado con la prostitución.

Aparte la manía de la flagelación, la de la desfloración es la más importante de las perversiones de los ingleses. Es curioso observar que la *girl* británica, según los autores de la propia Albión, se ini-

cia en la práctica de las perversiones algolágnicas mucho antes de perder la virginidad, de la que se muestran celosas guardadoras hasta que llega el momento de entregarla a buen precio. Ya hemos visto en otra parte de esta obra que la virginidad tiene gran importancia en el mercado matrimonial. Pero tal cosa no sucede en Inglaterra, aunque la himenolatría alcance las proporciones gigantescas de una verdadera perversión. La virginidad no interesa en el matrimonio, en primer lugar, porque las uniones formales se realizan casi siempre sobre una base respetable ; es en su vida de soltero o de adúltero cuando el noble inglés se entrega a estos desmanes, preferiblemente con muchachas de las clases más inferiores de la sociedad, no sólo porque sean presas más fáciles, sino por evidenciar el elemento sádico esencial en la sexualidad británica.

Una proxeneta inglesa hace el siguiente relato de un episodio de su actuación : «Cuando una menor no se aviene a perder la virginidad y hace grandes extremos, acaba por perderla sin cobrar. La mejor manera de obligar a esas jovencitas es convencerlas de que la resistencia no ha de servirles para nada, que ha de producirse fatalmente el hecho, quieran o no, que si se resisten serán seducidas igual que en el caso de prestarse voluntariamente, pero con la agravante de una considerable tanda de azotes y sin cobrar un penique. A pesar de la advertencia siguen algunas oponiéndose, gritan y patalean de firme, pero acaban por ser seducidas en el momento mismo en que cesa la flagelación y se hallan agotadas.»

Esta misma mujer escribe a una amiga con relación a un caso de esta naturaleza : «Anita nos dió un trabajo formidable... Imagínate que un grave lord la vió en ocasión de subir por una escalera tras ella y se interesó por sus formas, ofreciendo una importante cantidad por desflorarla. Anita no se prestó a complacer al lord, y el ama y yo azotamos a la chiquilla en presencia del mismo, lo que hizo tanto efecto a éste *que se retiró por el momento*. Al día siguiente se realizó el epílogo de la comedia. La menor chilló mucho, *sintiendo a la vez cólera y placer* (1), y el lord pudo, después de la flagelación, conseguir su deseo. Después del acto, para calmar por

(1) El hecho de que lord se retirase «por el momento», evidencia claramente que obtuvo una adecuada satisfacción de sus impulsos, y el de que la muchacha «sintiera a la vez cólera y placer», como dice la proxeneta, revela de una manera incuestionable hasta qué punto forma pate de la masa de la sangre de las jóvenes inglesas el elemento algolágnico de la sexualidad.—MARTÍN DE LUCENAY.



RASPUTIN

Se adueñó de la voluntad de los zares y de la sexualidad de las damas de la corte, a las que inculcó las doctrinas de una religión erótica.



RASPUTIN Y SUS AMANTES

Esta interesantísima fotografía muestra al célebre monje rodeado de varias mujeres de la aristocracia rusa, con las que se entregaba a todos los desmanes lúbricos.

LAMINA VIII

completo a Anita, la azoté y, naturalmente, cobró unos cuantos chelines.»

Un aristócrata de rancio abolengo y emparentado estrechamente con una familia reinante, se «especializó» en la desvirginización de niñas no mayores de doce años. Su campo de acción estuvo en los principales hoteles de Europa. Acostumbraba a pasear por los suburbios de las ciudades, y él mismo hacía le elección de las criaturas que le interesaban. Una vez informado del domicilio de la niña, se valía de intermediarios para que hablasen con la madre de la elegida, la cual acompañaba siempre a la niña. Pagaba las doncelleces a cinco libras esterlinas, y según su cínica confesión, había invertido cerca de cuatro mil libras sin subir nunca la tarifa. Este personaje desempeñó un elevado cargo en la diplomacía de su país, y murió asesinado por el hermano mayor de una niña de once años, a la cual había causado lesiones de importancia en un acceso de brutal sadismo.

He conocido a un insigne personaje político americano, culto, distinguidísimo e inmensamente rico, al que llamaremos Mr. Warner, del que fuí compañero de viaje en un crucero turístico por el Sur de Asia.

Nadie hubiera adivinado tras el continente respetable y físicamente sano de Mr. Warner la existencia de una tara psíquica vigorosamente destacada, que tenía el poder irreprimible de convertirle en un sér inconsciente, aunque, socialmente, nada peligroso. Era un hombre correcto y de una pulcritud exagerada en el cuido de su persona. Sus cincuenta y tantos años los llevaba con arrogancia, sin hacérselos advertir a nadie.

Este atildamiento del original pasajero trascendía hasta las jóvenes y bellas compañeras de viaje, que solían reunirse en las balconadas altas del navío, un poco alejadas de la gente seria, que mal transigía con sus diabluras un tanto equívocas.

La discreta actitud del viajero para con las muchachas era casi paternal. El *gentleman* se complacía en organizar concursos de natación en la piscina, carreras, juegos de toda naturaleza, etc., instituyendo premios consistentes en valiosos objetos, que adquiría en los puertos de escala y eran disputados por las jóvenes viajeras ante el regocijo sano de toda la población de nuestra verdadera ciudad flotante.

Al principio, poco antes de llegar al Japón procedentes de San Francisco de California, creí sinceramente que las asiduidades y

obsequios de Mr. Warner para con sus gentiles amigas tenían una finalidad menos desinteresada; pero después comprobé que nada pecaminoso se ocultaba tras de sus galanterías, y que era sólo el deseo de pasar el tiempo de las ya cortas singladuras de la manera más inocente y agradable, para lo que su imaginación tenía recursos que no se agotaban nunca.

Un día que navegábamos a la altura de Formosa, el millonario Warner organizó una fiesta completamente tropical, exclusivamente dedicada a las muchachas, que habrían de concurrir con el atavío primitivo de las islas Hawai, o sea en traje de Eva, aunque velados sus cuerpos o aquellas partes más íntimas, con arreglo a lo que el pudor dictase a las concursantes. Todas las prendas a usar en la fiesta se hallaban en la herboristería de a bordo: flores ramas y hojas que se tomaron en abundancia en el puerto de Nagasaky por encargo del caprichoso potentado.

Se deslizaba la mascarada tranquilamente. Salía yo de mi camarote de cambiarme de ropa, cuando escuché la voz varonil del americano que decía:

—No sea usted loca, muchacha; yo tengo ya muchos años.

En la réplica de la aludida comprendí que él se obstinaba en rechazar una proposición de cierta índole, que, en tales ocasiones y en aquellos climas, muy pocos hombres desdeñan. Ella era una de las concursantes al festival, a la que tuve tiempo de ver completamente desnuda. Y Mr. Warner, muy digno, se desprendió de los tentadores brazos de su audaz y desdeñada amiga.

Y no sucedió más. Desde luego pensé que el millonario era, en efecto, un caballero de moralidad intachable, un enfermo... o un invertido.

Desembarcamos en un puerto de Siam para dirigirnos a Bangkok, donde a la sazón tenían lugar las fiestas de la primavera. Míster Warner nos invitó a otro compañero y a mí a que le acompañásemos a presenciar las peleas de gallos que tenían lugar en un circo. Sinceramente, el espectáculo no nos llamaba la atención ni a mi colega ni a mí, pero por deferencia hubimos de disponernos a tomar el camino del estadio, convertido en un verdadero hormiguero humano, en un torrente desbordado de gentes sucias, sudorosas y malolientes que armaban una algarabía infernal.

Nos instalamos en las localidades como nos fué posible, y empezó la pelea. Observé que Mr. Warner, al principio muy atento al festejo, no dejaba de mirar a una muchacha indígena que se había situado junto a nosotros y que con verdadera fruición masticaba una baya de betel, cuyo jugo, de color de sangre, escupía frecuentemente. Todo lo que para mí tenía de repugnante la actitud de la siamesa lo era de atrayente para el millonario, a juzgar por su complacencia en mirarla con tanto interés.

—Mastica betel—le dije, creyendo que era este detalle el motivo de su curiosidad.

—Es bonita, ¿verdad?—replicó.

Estuve por decirle que la belleza de la muchacha no la veía por ninguna parte, pero callé fingiendo no oirle. ¡Qué había de ser bonita!... No tendría más de quince o dieciséis años, pero feos, repugnantes y de una suciedad a prueba de potasa cáustica por lo menos. Prescindiendo de su rostro asiático, ojos pequeños, nariz de achatamiento exagerado, pómulos salientes y boca enorme de negra dentadura, aunque perfecta, el resto del cuerpo no era más que un hatijo de huesos y harapos, en los que habitaría una fauna molestísima e inextinguible acaso.

Pero Mr. Warner no dejaba de mirarla, y lo peor fué que la indígena se había dado cuenta de la atención de que era objeto.

—¿Qué me dice usted de esa joven?—insistió.

Y ya, sin poder contenerme, exclamé:

—Que me produce náuseas.

—¡No tanto, señor, no tanto!...

—¿Pero habla usted serio, amigo Warner?

—Completamente. No daría cien dólares con más satisfacción.

Reí la respuesta, de sinceridad inverosímil, y no le hice caso. Dos pobres gallos habían entablado un mortal combate a espolonada y picotazo limpio, que se tradujo en una lluvia de gotitas de sangre por cada pluma y un estruendo de salvajes alaridos de aquella gentuza enardecida.

Terminó, por fortuna, la fiesta, y la muchedumbre emprendió el regreso hacia la ciudad comentando a voz en grito las incidencias de la pelea. Y cuando mi colega y yo quisimos darnos cuenta, míster Warner se había aproximado a la indígena, con la que trataba de explicarse por señas, y ello sin hacer caso de aquella gente a la que no dejaba de extrañar el contraste de un elegante occidental al lado de una oriental astrosa y casi fétida.

Ya me preocupó bastante la inexplicable conducta de nuestro amigo, y me permití decirle:

—Ya está bien la broma, amigo Warner.

Ahora fué él quien no hizo caso de mi intrusión. Y entonces tomamos el partido de marcharnos, no sin advertirle que le esperaríamos en el hotel. Se despidió de nosotros atentamente, y allí le dejamos con su conquista.

—Ese hombre está loco indudablemente — arguyó mi compañero.

Entonces, para señalar el contraste inexplicable, le referí lo que había visto y oído unos días antes entre el millonario y la hermosa pasajera, pues no tuve ninguna duda acerca de la índole de las pretensiones que la ardiente muchacha expuso al ardiente sujeto.

No hicimos más comentarios. En nuestro criterio, si Mr. Warner no era un degenerado o un pervertido de la más rara estofa, no le andaría muy lejos. ¿Pero qué clase de psicosis era la suya? ¿Era posible que un hombre de su empaque, tan bien equilibrado en apariencia, estuviera desprovisto del más elementalísimo sentido de la moral y de la estética?

No volvimos a verle en todo el día, pero ya de madrugada, cuando regresábamos después de una larga sesión de cinematógrafo, vimos a la indígena que salía del hotel acompañada de un criado.

Nos miramos estupefactos.

—¿Será posible?...—exclamó mi compañero.

—Vamos a saberlo ahora mismo.

Llamé al mozo, al que puse un dólar en la mano, diciéndole que si averiguaba lo que la mendiga había estado haciendo en el hotel, le daría cinco dólares más.

El muchacho sonrió picarescamente, pero en seguida fué en busca de la indígena, a la que aún se veía marchar por la calle arriba.

Esperamos el regreso del *groom* con verdadera ansiedad. Y diez minutos después nos relataba punto por punto cuanto de buen grado le dijo la repulsiva criatura, satisfechísima del éxito de la jornada.

Prescindo de hacer comentarios. Baste saber al lector que míster Warner practicó con la siamesa, siempre en misión activa, las caricias que, entre otras cosas, inmortalizaron la fama de la poetisa Safo.

Analicemos la rara expresión de este caso inconcebible, ampliamente estudiado al tratar del sadomasoquismo, partiendo de la base cierta de que Mr. Warner era un enfermo que pudo inspirar a Sacher-Masoch cualquiera de sus absurdos y monstruosos engendros.

Ese cuidado exagerado de su persona, afeitándose dos veces al día, usando el baño otras dos, siempre bienoliente a perfumes masculinos, hecha en resumen, la distribución de la jornada entre divertirse honestamente y acicalarse como un hombre que sólo cifrase la clave de sus triunfos amatorios en su arrogante y atractiva prestancia, suponía, por decirlo así, el marchamo garantizador de un completo equilibrio sexual llevado con dignidad y cautela hasta los mismos senderos de la senectud.

Nadie hubiera pensado de él otra cosa, a lo sumo, sino que era un refinado, atribuyendo al vocablo todo su amplio sentido, incluso el que se asigna a los equívocos estetas. Pero de aquí a pensar en una posible asociación de manifestaciones extremas, antagónicas y diametralmente opuestas como lo eran su culto exagerado de la higiene y su meticulosidad estética por una parte, y por otra, la ruina social y estética de la siamesa, despreciable, imperfecta y salvaje, de un punto a otro, repito, media un abismo infranqueable hasta para el criterio más elástico.

Parece absurdo e inverosímil que la suciedad extrema llevada hasta la saturación y el olor casi fétido de una mujer en aquellas condiciones pudiese ejercer tan fuerte atracción erótica sobre el temperamento que antes me pareció excesivamente frío del caprichoso millonario. Enrique IV fué también un hombre que consentía a su esposa absolutamente todo menos que se lavase los órganos genitales, sin cuyo olor característico el monarca no era capaz de realizar los actos adecuados para asegurar la sucesión legítima de la dinastía.

Este masoquismo de la suciedad, muy frecuente en los hombres hastiados de toda clase de placeres, se encuentra también en la mujer, y a veces con caracteres amplísimos, como sucedía con el celebérrimo Rasputín, el «staretz» ruso que tuvo en sus manos los destinos de la corte imperial gracias a sus intrigas y a su extraño poder de sugestión.

Rasputín era un hombre sucio que olía mal porque no se lavaba nunca. Sin duda participaba del criterio ascético de que la suciedad del cuerpo es una verdadera coraza tras la que puede ocultarse y defenderse la pureza del alma. Pero si su cuerpo era sucio, su alma no podía estarlo más.

Este individuo, que en su juventud fué un mozo de mulas en una aldea siberiana, se llamaba Gregorio Effimovitch. Su nombre de Rasputín no es más que un apodo que quiere decir «violador de

viejas», y que se ganó por haber forzado a una anciana para satisfacer sus brutales instintos de macho fuerte y ardiente. (Lámina VII.)

Se introdujo en la corte gracias a la incultura de los zares, especialmente de la zarina y de las damas que la rodeaban. El gran farsante, que se había captado las simpatías de las grandes duquesas, aseguraba que poseía el poder de curar todas las enfermedades. Ellas le dijeron que si curaba a un joven enfermo de hemofilia haría su fortuna para siempre, y contestó que sí, describiendo con todo detalle los síntomas de la terrible enfermedad. Este enfermo era el zarevitch, hijo de los emperadores de Rusia.

Se dice que realizó numerosos milagros, y que, en efecto, el príncipe heredero experimentó cierta mejoría en su enfermedad cuando se puso en las manos del monje siberiano, el cual logró bien pronto ser el favorito de los zares, que no hacían nada sin consultar con él.

Rasputín predicaba constantemente la modestia, y dotado de una rara habilidad y un don de penetración extraordinario, cautivó de tal forma el ánimo de los zares y de los cortesanos más adictos a Nicolás II, que su influencia en la corte llegó a ser inmensa. Se le atribuían poderes religiosos y hasta se creyó ciegamente en que hacía milagros, virtud de que estaban dotados todos los individuos de la secta «Khlistovsko», agrupación de fanáticos que no admite ni sacerdotes ni iglesia. Esta secta basa su doctrina en la erótica, estableciendo una relación muy estrecha entre los principios divinos más puros y elevados y las pasiones más crudas y bestiales del misticismo sexual. Las mismas teorías de Rasputín se añadieron a los códigos de la extraña secta, de la cual se ocupa el príncipe Youssoupoff, el noble ruso que libró a su patria de aquel bandido religioso y lúbrico.

«Las reuniones religiosas de los «khlistys», escribe, llamadas «radenyi», tienen por objeto provocar hasta el más alto grado el éxtasis religioso, al mismo tiempo que el delirio erótico. Los sectarios tienen por norma conservar el alma rodeada de toda la suciedad física, llegando hasta el extremo de comerse sus propios excrementos en las épocas de escasez, sacrificio que consideran como uno de los caminos más rectos de la santidad.

»Según las creencias de los «khlistys», el Espíritu Santo desciende sobre los hombres en el momento álgido de la excitación física ; el ayuntamiento frenético en que terminan generalmente esas bacanales no es para sus adeptos otra cosa que el efecto de la gracia divina.

»Existe evidentemente un fondo de paganismo en el «Khlistovsto». Los locales donde tienen lugar esos placeres impuros están profusamente iluminados por centenares de cirios. La ceremonia comienza con unas danzas rítmicas y lentas que degeneran en un loco girar y que terminan en una frenética orgía amorosa. El alma popular parece conservar en misteriosos arcanos confusas remembranzas idólatras que vienen a mezclarse extrañamente en su educación religiosa, alterando de una manera sacrílega su concepto del culto cristiano.»

En virtud de estas creencias religiosas, Rasputín, que en realidad era un furibundo «khlisty», justificaba sus desenfrenos sexuales con los razonamientos naturales en que se inspiraba esa religión de la cual las mujeres obtenían los más señalados favores divinos realizando contactos sexuales con los hombres bendecidos por el Espíritu Santo.

Fué tanta la influencia de que gozó en la corte imperial, y, por otra parte, tan licenciosas eran las costumbres, que las damas más encopetadas, supersticiosas y fanáticas, no pudieron sustraerse a las influencias del staretz, al cual invitaban constantemente a sus palacios para que hablase con extensión de los ritos de la secta a que pertenecía, admitida en el seno de la iglesia ortodoxa, es decir, considerada como perfectamente moral. (Lámina VIII.)

Sostenía el lúbrico y sucio personaje que Dios acogía siempre en su seno las almas de los pecadores arrepentidos, no importándole la magnitud del pecado, sino la sinceridad del arrepentimiento. En virtud de esta teoría, afirmaba que para arrepentirse era necesario, ante todo, pecar ; y como no hay pecados más grandes ni bellos que los del amor, los que pecaban experimentando placer, eran los elegidos por la divinidad.

Todo esto lo afirmaba Rasputín desde el alto sitial de su prestigio y de la gran confianza que le concedían los zares, padres desdichados que veían a su hijo mejorar de día en día, después de que habían fracasado las mayores celebridades médicas del mundo. Nada de extraño tiene que la fe depositada en el salvador del zarevitch se inspirase en la virtud milagrera del monje.

Las teorías de Rasputín fueron plenamente aceptadas por el zar Nicolás II, el cual vivía muy a gusto con sus amantes favoritas la Wiroubowa y la princesa georgiana Sofía Orbeliani, íntimas ami-

gas de la emperatriz, que aun conociendo las relaciones que estas mujeres tenían con su marido, las hacía vivir en el mismo palacio, cerca de sus habitaciones, colmándolas de toda clase de atenciones.

El zar asistió muchas veces a las orgías místicoeróticas organizadas por Rasputín en cualquier lugar de las afueras de la capital, especialmente en las habitaciones reservadas del palacio de Tsarkoie-Selo.

Nicolás era un gran sádico que se complacía en hacer sufrir a sus queridas, las cuales le amaban sinceramente, entregándose en estas juergas en los brazos de otras mujeres. Simanovitch dice que amaban al zar, pero tenían un horror espantoso a su pasión por el alcohol y al sadismo que le producía. «Las poseía brutalmente, loco, furioso en su borrachera, y las torturaba prolongadamente. Todos los años se exacerbaba aquel sadismo, y únicamente la devoción de esclavas que aquellas infelices le profesaban y el temor a las represalias que el zar, todopoderoso, podría tomar impunemente contra ellas, las obligaba a callar y a obedecer. La mujer de Nicolás II no sólo cerraba los ojos a las intrigas amorosas de su esposo, sino que protegía a las mujeres que el emperador distinguía.»

Rasputin, no obstante, no aprobaba esta conducta del "padrecito», y hasta algunas veces se permitió hacerle objeciones adecuadas al caso. Mucha parte del prestigio que el staretz gozaba entre las mujeres, era debido al hecho de que siempre las trataba con la máxima delicadeza, concediéndolas la razón aunque no la tuvieran. Decía al emperador que la mujer, por el hecho de serlo, y, además, por el de ser el instrumento de los más sublimes placeres del hombre, merecía todas las consideraciones. Nicolás parecía escuchar estas verdaderas reprimendas del monje, pero en cuanto tenía ocasión volvía a las andadas.

El zar tuvo infinitas amantes y Rasputin también. Pero mientras que las del monarca salían de sus brazos enfermas e infortunadas, las del religioso marchaban siempre satisfechas de la "gracia divina» del farsante, que tan bien las trataba.

A pesar de que Rasputín tuvo relaciones con numerosas mujeres e incluso con jóvenes de la mejor sociedad que se le entregaron vírgenes, ninguna de ellas quedó embarazada por él. No podía alegarse la sospecha de que se tratase de un hombre estéril, ya que en su matrimonio tuvo cinco o seis hijos.

Esta circunstancia de su infecundidad, que él atribuía también a sus poderes divinos, constituía para las damas de la nobleza un atractivo singularísimo, puesto que podían mantener relaciones con el staretz sin temor a que de ello se derivasen consecuencias.

Por otra parte, los biógrafos de los aspectos más íntimos de su vida, aseguran que el monje no practicaba el acto normalmente, sino muy raras veces. Muchas mujeres aseguraban que sus relaciones con Rasputín no eran lo mismo que las que sostenían con sus maridos o amantes, puesto que tampoco era, como ellos, un hombre vulgar. No tenían inconveniente en proclamar que jamás experimentaron deleites iguales que los que habían gozado entre los robustos brazos del antiguo mozo de mulas, a pesar de que las doncellas «podían entrar en su alcoba vírgenes y salir igual», pero después de haber conocido deleites que no disfrutarían jamás.

No se ha podido averiguar en qué consistirían las habilidades eróticas del famoso personaje ni los métodos que empleaba, en sus relaciones normales, para impedir la fecundación de sus innumerables amantes.

Se dice que la zarina se desquitaba del abandono de su esposo en los brazos de Rasputín, unas veces con finalidades «místicas» y otras con propósitos francamente adulterinos.

A pesar de ser tan oscura la moral del staretz y tan conocidos sus desmanes sensuales, no podía ocultar la repugnancia que le producía el desnudo femenino. En una ocasión fué invitado al palacio de unos aristócratas, donde ya había estado otras veces, con el fin de asistir a una fiesta en beneficio de los heridos de la guerra. Al entrar en el hall fué recibido por los dueños de la casa y sus amistades, que esperaban con impaciencia la llegada del monje, y como viera en el vestíbulo un cuadro reproduciendo el desnudo de una mujer, se lamentó de que en una casa tan honesta pudieran encontrarse tales espectáculos.

El dueño del palacio, para complacer a Rasputin, se dirigió hacia el cuadro, con el fin de retirarle, pero el staretz, trazando con la mano el signo de la cruz mientras fijaba sus ojos en el desnudo, arguyó :

—Es inútil : el cuadro está ya destruído.

En efecto, cuando los presentes se aproximaron a la magnífica obra pictórica, comprobaron con asombro que el lienzo estaba atravesado por dos cortes que formaban una cruz y que no podían advertirse de no acercarse mucho.

Todos los invitados reconocieron que aquello había sido un milagro, acto prodigioso debido al poder del monje. Pero después se

comprobó que todo había sido una habilidad de Rasputín, con el fin de asombrar a sus amigos, pues según confesó un criado, el religioso se había valido de una cuchilla de afeitar, con la que había dado los cortes unos momentos antes de ser recibido con tantos honores por los dueños de la casa.

Estas farsas le valieron al sagaz personaje tanta admiración como respeto por parte de los papanatas incultos que llenaban la corte imperial de Rusia.

El zar, porsu parte, más culto que la zarina, estaba en el secreto de muchos actos de Rasputín, pero le convenía hacerse el ignorante con el fin de tener un confidente y un buen agente preparador de sus aventuras eróticas, que no fueron menos escandalosas que las que había dado Catalina la Grande.

La revolución sorprendió a la corte en los momentos en que Rasputín había inculcado a los adictos del zar las teorías de su doctrina, y cuando murió el monje en la casa de Youssoupoff, asesinado lo mismo que un perro, las mujeres de la corte le llevaron un luto que duró tanto, que Wiroubowa, que acaba de fallecer en Londres, no dejó de vestir de negro como hiciera al morir Rasputín, cuyos asesinos, el príncipe Youssoupoff y el duque Dimitri, no abandonaron a la ex favorita del zar, pasándola una pensión mensual para que pudiera atender a sus necesidades.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

LA ROMA DE LOS CÉSARES

Las influencias extranjeras. — La vida sexual de Julio César.—Sádico sanguinario.—La aguadora del Tiber.—Los gladiadores.—Sus amores con Nicomedes de Bitinia.—Transformación psicosexual.—Octavio Augusto.—El masoquismo de Claudio.—Su degeneración.—Nerón Agripina y Octavia.—El circo.—Sádico, pirómano y poeta.—La aristocracia romana.—La lubricidad y los mitos.—El reinado de Augusto... 9

LOS GRANDES SEÑORES DE LA EDAD MEDIA

La moral cristiana.—La resistencia de los antiguos germanos.—Su concepto de la mujer.—Los nobles ante el adulterio.—La venganza del señor de Nuremberg.—El extravío típico de la época.—Ulrich de Lichtenstein.—Sus aventuras.—El caballero de Cabestaing.—La inmoralidad en los claustros.—Los flagelantes.—Los papas.—Los hallazgos del convento de Ulm.—Los magnates ingleses.—Su desenfreno erótico 23

LOS REYES DE FRANCIA E INGLATERRA

La galantería francesa.—Los desenfrenos de Francisco I.—Cómo adquirió la sífilis que le llevó al sepulcro.—Enrique III.—El reinado de Luis XIV.—Megalómano e hipócrita.—Su discreción amorosa. — Mazarino y su sobrina.—Una caballerosidad relativa.— La Lavalliere, la Montespan y otras.—Luis XV.— Los monarcas ingleses.—La corrupción británica.—Los magnates y las prostitutas..... 35

Páginas

LA VIDA SEXUAL DE LOS BONAPARTE

La madre de Bonaparte y su marido.—Orígenes de la estirpe.—Quién era la Ramolino.—Pascual Paoli, padre de Napoleón.—Madre a los once años y desflorada a los diez.—La mujer, el marido y el amante.—La infancia de Napoleón.—Masturbador y homosexual. — Su sadismo sanguinario.—La excitación de las batallas.—Su degeneración.—Luciano y Jerónimo.—José, rey de España.—Los esfuerzos de los historiadores. 51

HOMBRES DE NUESTRO TIEMPO

la moral de ayer y de hoy.—Los magnates son propensos a las perversiones sexuales.—Los perversos ingleses.—La manía de la desfloración.—Virginidades a cinco libras.—El masoquismo del político americano.—El placer de la suciedad.—Rasputin. — La secta de los «khlistovsko».—Sus ceremonias místicoeróticas.—El placer de pecar.—El sadismo de Nicolás II.—Las amantes de Rasputin.—La Wiroubowa. 61

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
El sadismo de los magnates..... 16

LAMINA II
Luis XV y sus amigos..... 17

LAMINA III
Los desnudistas de Londres..... 32

LAMINA IV
El sadismo de los nobles 33

LAMINA V
Napoleón Bonaparte..... 48

LAMINA VI
Napoleón y madame Bertrand..... 49

LAMINA VII
Rasputin..... 64

LAMINA VIII
Rasputin y sus amantes..... 65

En el próximo volumen

LOS MITOS DEL AMOR

Las grandes figuras de la Mitología.—El paganismo de los pueblos antiguos.—Helena de Troya.—El amor en la Mitología egipcia.—Los pueblos orientales